

¿QUÉ ES EL LIBERALISMO?

En uno de estos últimos años, reunido para celebrar conferencias el ilustrado clero de la diócesis de Nevers en Francia, dilucidó esta importante cuestión y convino ante todo en la oscuridad que consigo lleva. Véase cómo nos lo refiere un excelente extracto que de aquella discusión se ha publicado.

«¿Qué es el liberalismo? Grandes dificultades ofrece la contestación á esta pregunta, y así lo han dado á conocer las reuniones del Obispado, donde cada cual daba del liberalismo una definición distinta, según el punto de vista en que se había colocado. Nace esta dificultad de no ser el liberalismo un error solo, sino un conjunto, casi infinitamente variado, de opiniones vagas é inciertas, que todas descansan en la misma base, ruinoso y falsa. Esto es lo que en el lenguaje contemporáneo se ha convenido en llamar las *ideas modernas*.

»Otra dificultad ofrece al propio intento la circunstancia de que el liberalismo es un Proteo, que cambia á cada paso de formas según las necesidades de la polémica y las exigencias del momento. Penetrando, no obstante, á través de las nubes en que está envuelto, y deduciendo de sus variadas formas lo que á todas es común, puede decirse que es un sistema que en nombre de la libertad trata de hacer independiente la existencia humana en el orden de los intereses temporales.»

Dada esta definición, distinguiéronse allí tres clases de liberalismo: el *liberalismo radical*, el *liberalismo moderado* y el *liberalismo católico*; el *liberalismo radical* (se dijo) intenta una emancipación tanto más absoluta, cuanto que prescinde en un todo del orden sobrenatural. El *liberalismo moderado* no quiere la emancipación sino hasta el punto en que sus

intereses no se comprometen. El *liberalismo católico* admite el orden sobrenatural y la subordinación á él del orden natural; pero pretende separar en la práctica esos dos órdenes, y que el espiritual no tenga ingerencia en el temporal.

Hasta aquí el escrito á que aludimos (1).

Téngase, pues, en cuenta, que no consiste el liberalismo en las formas de gobierno, ni en tales ó cuales instituciones políticas. Mal podría haber en el mundo, si así fuese, una república católica; y es sin embargo una república la que más grandes testimonios de amor ha estado ofreciendo en estos tiempos al Catolicismo. Parece que la Divina Providencia así lo ha permitido, para que por medio de un ejemplo se ponga de manifiesto que no es propio el liberalismo de ninguna forma de gobierno, por más que se le encuentre con preferencia allí donde la constitución del Estado es más favorable al desenvolvimiento de las libertades políticas. Por otra parte, el liberalismo se ingiere en la religión, en la política, en las leyes, en la moral, en las costumbres y en la familia. Y en todas estas cosas procura sustituir al espíritu religioso, á los principios y doctrinas de la Iglesia católica, á las verdades eternas é inmutables que han respetado las generaciones y los siglos, el caprichoso criterio llamado «de la libertad,» ó sea las invenciones del espíritu emancipado de la fé y la razón, que como tal se proclama independiente. «El liberalismo, »dice un ilustre escritor de nuestros días, es la pura voluntad »del hombre emancipada de la divina, y constituida en principio único de la vida social. O en otros términos: el liberalismo es el derecho público establecido por el hombre emancipado de todo derecho y autoridad superior.»

Véase, en comprobacion de esto, la inmensa diferencia que separa al derecho público católico del derecho público liberal. A la cabeza de nuestro celebrado Código LAS PARTIDAS se leen estas hermosas palabras: «Dios es comienzo e »medio e acabamiento de todas las cosas... Onde todo ome que

(1) *Les Conférences ecclésiastiques de Nevers.—Annales catholiques, Janvier, 1875, pág. 177.*

«algun buen fecho quiere començar, primero debe poner e
adelantar á Dios en él, rogándole e pidiéndole merced que
le dé saber e voluntad e poder que lo pueda bien acabar (1).»

Y más adelante dice: «Estas leyes son establecimientos
porque los omes sepan vivir bien e ordenadamente segun el
placer de Dios e otrosi segund conviene á la buena vida de
este mundo e a aguardar la fé de Nuestro Señor Jesu-
cristo (2)...» «Es dicha ley (se la llama ley) porque todos los
mandamientos della deben ser leales e complidos segun Dios
e segun justicia (3).» «El facedor de las leyes debe amar á
Dios e tenerle ante sus ojos cuando las ficiere, porque sean
derechas e complidas (4).»

Es decir, que Dios es principio, medio y fin de todas las cosas; fuente de la sabiduría de donde emanan las buenas leyes; que su amor y su servicio deben ser su preferente objeto; que su espíritu divino debe animarlas é informarlas.

Esto nos dice el derecho público católico ¿Qué nos dice el derecho público liberal? Que es «la voluntad del pueblo soberano», ó que lo que acuerda la mayoría de los que le representan, á lo que añade Rousseau que esta voluntad es siempre justa; porque si el pueblo, dice, quiere hacerse daño á sí mismo ¿quién puede impedirselo? De suerte que la autoridad soberana la ha traspasado el liberalismo desde las manos de Dios á las del hombre, y al par con ella el fundamento de la justicia? ¿Y quién no vé que entre el derecho público católico y el liberal media un abismo? ¿Quién no vé que el liberalismo ha obrado, en el orden político y social, con su disolvente doctrina, la más funesta y radical transformación?

Cuán graves y deplorables sean las consecuencias en este cambio, no hay para qué decirlo. Porque sustituida á la autoridad divina la soberanía del pueblo; siendo la voluntad nacional fuente de toda ley y de toda justicia, ¿no es evidente que

(1) Prólogo.

(2) Ley 1, tít. I, Parte 1.^a

(3) Ley 4, id., id.

(4) Ley 11, id.

ante esta doctrina pierde la autoridad de la Iglesia todo su prestigio, y viene necesariamente la impiedad ó por lo ménos el indiferentismo á las esferas oficiales, donde se vé aparecer muy luego al *Estado sin Dios*? De poco sirve que en semejante situación eleven los Prelados su voz contra los abusos del poder. El Estado, como representante, que dice ser del pueblo, y ejecutor de sus leyes, se cree independiente de la Iglesia, desobedece sus preceptos y desoye sus consejos, hasta donde le conviene, segun sea más ó ménos revolucionario el carácter de la política dominante.

Y en cuanto al órden espiritual, como el liberalismo dispone únicamente las cosas con relación á los fines que pueden llenarse en este mundo, y no al fin verdadero para que el hombre ha sido criado, necesariamente rechaza la doctrina espiritualista, en la que ve formulada la condenación de su sistema. Asimismo combate la influencia de la Iglesia en la enseñanza, disputándole el derecho que, como maestra de la verdad y encargada de la salvación de las almas, tiene para intervenir en lo que con ella se relaciona; con cuya conducta, no sólo priva á las inteligencias de los niños de los hermosos sentimientos y de la luz purísima que en sus almas derrama la Religión, sino que acaba luego de pervertir en la enseñanza superior á los que andando el tiempo han de dirigir y gobernar la sociedad. Por donde se ve que el liberalismo, así entendido y practicado, es de una parte ateísmo oficial, de otra emancipación de la autoridad de la Iglesia; ya incentivo y estímulo de doctrinas materialistas; ya, en fin, origen de esa enseñanza que prescinde de Dios y de sus leyes.

Compañeros inseparables del liberalismo son otros muchos errores cuyo fundamento es idéntico; tales son: sustituir á la autoridad y á la ley divina el criterio de la libertad y de la razón humana, emancipada de toda autoridad superior: olvidarse de que es Dios el autor de cuanto existe en este mundo, y el supremo legislador de las sociedades, en las que todo debe ordenarse y encaminarse á aquel fin último para el que su omnipotencia y sabiduría las ha dispuesto; considerarlas como meramente destinadas á satisfacer necesidades hu-

manas y á servir á la voluntad ó al capricho de los hombres, con independenciam de todo órden superior; poner, en fin, un decidido empeño en emanciparse del poder divino, en sacudir su yugo, en atacar su autoridad, en combatir sus leyes y su doctrina, en perseguir á la Iglesia y á cuanto la personifica y representa en la tierra. Véase, como ejemplo de lo que acabamos de decir, lo que hoy está pasando en una nación vecina.

Estos errores que con grande oportunidad condenó el venerado Pontífice Pío IX, consisten en afirmar: que «á la potestad civil toca definir los derechos y los límites de la Iglesia:»—que «la Iglesia no tiene poder alguno temporal, directo ni indirecto:»—que «tampoco tiene derecho propio y legítimo para adquirir y poseer:»—que «los Ministros de la Iglesia y el Romano Pontífice deben estar exentos del cuidado de toda cosa temporal:»—que los Obispos no pueden publicar Letras Apostólicas sin permiso del Gobierno:»—que «las inmunidades eclesiásticas han nacido del derecho civil:»—que en los conflictos entre ambas potestades prevalece el derecho civil:»—que «la autoridad civil puede inmiscuirse en lo que toca á la Religión, á las costumbres y al gobierno espiritual:»—que «hasta los métodos de enseñanza de los Seminarios deben someterse al Gobierno:»—que la potestad secular tiene por sí el derecho de presentar Obispos y puede desposeerlos del ejercicio de su ministerio pastoral.» Y tantos otros errores que pueden verse en el importantísimo documento en que se han reunido y del que no debiera carecer ningun católico, porque no pueden olvidarse ni perderse de vista, sin peligro de errar, las enseñanzas que contiene.

De aquí nacen tambien otros errores más conocidos, como son: la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos y el matrimonio civil; teorías nacidas al calor de la revolución atea, que aunque llevan en sí mismas su descrédito, no dejan por eso de prevalecer donde los revolucionarios pueden lograrlo á despecho de la conciencia pública que las condena. Y nada queremos decir del *liberalismo filosófico*, cuyas ramas se extienden por los dominios de la ciencia, con los diversos caracteres de *panteismo*, *naturalismo*, *racionalismo absoluto* ó

moderado, indiferentismo, socialismo y comunismo; donde el lector que desee conocer las grandes y dolorosas aberraciones científicas de la escuela, tiene ancho campo que recorrer.

Infiérese de lo dicho que el liberalismo, como muy acertadamente dijo en sus conferencias el Clero de Nevers, «no es un error solo, sino un conjunto, casi infinitamente variado, de opiniones vagas é inciertas que todas descansan en un mismo fundamento, y abarcan lo que en el lenguaje contemporáneo se ha convenido en llamar *las ideas modernas*.»

Y véase por qué á los verdaderos católicos se les encuentra en oposición con esas ideas modernas, tan impregnadas de espíritu liberal. Esto les vale las calificaciones de oscurantistas y retrógrados; pero la impropiedad de estos dictados, y la injuria que les hacen, no pueden ser más notorias. Aspiran los católicos á que en medio de las tinieblas en que pretenden envolverla los errores de nuestros días, brille en toda su pureza la luz de la verdad. ¿Y son por eso oscurantistas? No consienten los católicos que los grandes principios del Catolicismo, los únicos seguros é inmutables, sean mutilados, cercenados, desfigurados, y acomodados, con falsas interpretaciones, á las exigencias del espíritu moderno. ¿Y son por eso retrógrados? Dígase que los católicos son los hombres de la verdad en oposición con el error, de la consecuencia en oposición con la veleidad, de la fé en oposición con el indiferentismo, de la tradición en oposición con el espíritu de noveletería; y entonces se les calificará con justicia, y se expresará su verdadera misión en el mundo.

Dígase sobre todo que son los únicos hombres que, en presencia de tanta negación como fórmula el espíritu moderno, afirman y mantienen las verdades que este espíritu tiende á destruir, prestando á la sociedad el mayor servicio que es dado hacerle, pues á medida que las verdades vayan perdiendo su fuerza, irá perdiendo la sociedad cuanto en el orden moral é intelectual la eleva y engrandece, y caminando velozmente á la degradación y á la ruina.

No pueden por fortuna perecer, y no perecerán, esas grandes verdades que Dios ha puesto en el mundo como faros

que le iluminen en medio de las tinieblas. Pero si posible fuese, se encargarían de esta obra de destrucción los que no parece sino que han traído al mundo la misión de difundir en él las negaciones. Y esta es la diferencia capital que separa á los verdaderos católicos de los liberales : que aquellos son los hombres de la verdad, y estos son los hombres del error: que aquellos son los hombres de la fé, y estos son los hombres de la duda: que aquellos son los hombres de la afirmación, y estos son los hombres de la negación. Y mientras recorren éstos el vasto campo de las negaciones que se extienden desde el liberalismo católico hasta el ateísmo de Proudhon, sin conformarse mas que en el hecho comun de combatir el Catolicismo y de atacar sus doctrinas, firmes aquellos en el terreno de la verdad y de la fé, proclamando todos las enseñanzas de la Iglesia y del Sumo Pontífice como norma de su conducta, afirman á una voz las santas é indestructibles verdades que hace diez y nueve siglos trajo al mundo el Hijo de Dios, y que á pesar de los ataques de la impiedad, pasarán sin menoscabo alguno á las más remotas edades: porque los tiempos pasan, los hombres pasan, los errores pasan; mas LA VERDAD DEL SEÑOR PERMANECE PARA SIEMPRE.

JOSÉ MARÍA ANTEQUERA.

CONTESTACIÓN

DE

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA (1).

SEÑORES:

Placer inmenso recibe hoy la Real Academia de la Historia al inscribir en su libro de oro el nombre de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, una de las más altas y envidiables glorias de la España moderna. Día de júbilo para los que profesan vivo y acendrado amor á la Patria. Sube el nuevo académico á tan codiciados honores ceñida la sien con el lauro de afortunado investigador, sagaz crítico, historiador profundo y grave, y de lozano é inspiradísimo poeta. No parece sino que la naturaleza, enemiga de encerrar avarienta en solo un hombre sus tesoros benéficos, y celosa de distribuirlos con tasa y al por menor entre muchos y dispersos entendimientos, se ha complacido y extremado esta vez derramándolos á manos llenas sobre tan egregio mancebo, en sus tiernos y regocijados abriles.

Con sobrada razón, pues, se admiraba hace tiempo uno de los escritores más profundos, clásicos y elegantes que hoy honran á España, el sabio P. Miguel Mir, al considerar cómo en este joven «contrastan á maravilla el verdor de los años, que á la sazón no pasaban de veinte, con la grandeza del ingenio, la madurez del juicio y la erudición inmensa y bien aprovechada.» Había dado ya entonces Menéndez y Pelayo pruebas de su brioso ingenio investigador y crítico, ahora

(1) Véase el número anterior.

mediendo y quilatando el estro poético de Cervantes; ahora desarrebozando á Góngora y á los anochecidos cultos y conceptistas; ahora escribiendo magistralmente sobre la novela entre los Latinos. Aquí desplegaba ya sus ricas dotes de sesudo historiador, cuando traía á juicio á Petronio y Apuleyo para mostrar de qué suerte y con qué ignominia se derrumban y perecen las sociedades olvidadas y menospreciadoras de Dios y sumidas en el asqueroso lodazal de la inmoralidad y de los crímenes; y para dar voces y advertir á los pueblos, cuando con frenesí corren á precipitarse en el abismo. Ya entonces tenía publicada una larga serie de artículos literarios acerca de los Jesuitas españoles en Italia, artículos de que me excusa prorrumpir en elogios la circunstancia de haber ponderado el respetabilísimo escritor de la Compañía que antes nombré, su deseo muy vivo de que se continúen y de nuevo se den á luz en volumen aparte. Ya también por aquellos días corría de molde su *Horacio en España*, brillante muestra de lo que vendrá á ser cuando llegue á su fin la *Biblioteca de Traductores Españoles*, en que sin descanso trabaja nuestro elegido; el cual posteriormente ha vulgarizado tres artículos más de este precioso diccionario bibliográfico, á saber, los de *Hermosilla y su Iliada*, *Traductores Españoles de la Eneida*. *Y Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio*. Ya, por último, en aquella sazón habíamos saboreado sus *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia Española*.

En esta, como en todas sus obras ostenta Menéndez y Pelayo nobilísimo afán de enaltecer las glorias de España, al revés de los malos españoles que ciega y desapoderadamente, por necia y ridícula comezón de lisonjear á los extranjeros, se gozan en pisotearlas; y con brioso empuje y sólido y cabal conocimiento de la materia, sabe librar á nuestra Nación de la injusta nota de ignorante y de intelectualmente abatida, que la ignorancia y la osadía se atrevieron sin motivo á echarle en rostro.

Comenzó esclareciendo la exacta afirmación del P. Juan de Mariana sobre que «en España florecieron siempre los estudios de la sabiduría cuanto en cualquiera parte del mundo, y

que en ninguna el valor y la virtud hallaron más abierta y patente la carrera para adelantarse.» Y desconcertó á los inconscientes detractores de la verdad, recordándoles el copioso número de españoles aventajados en las ciencias y en todo linaje de buenos estudios, parangonando sus obras con las de afamados extranjeros, y patentizando lo que deben aquellos á los nuestros, por confesión propia ó por restitución indubitable. La crisis que de este importantísimo estudio hizo el preclaro P. Mir, debió llenar de lícito orgullo y satisfacción al autor, y fué merecido premio de sus generosas tareas.

No es esta la ocasión ni este el sitio de apreciar como poeta al Sr. Menéndez y Pelayo. Pero, ¿habré de callar de qué suerte, en sus inspiraciones poéticas más felices, el vate y el historiador se hallan hermosamente confundidos? Recordad su *Epístola á Horacio*, llena de fuego, de inspiración y vida, escrita con sin igual desenfado y soltura y con grande novedad; y decidme ¿qué historiador sabe como él resucitar el mundo antiguo y ofrecérselo deleitable, á la animadora luz del mediodía? En tan soberano rasgo palpita y bulle la Roma de Augusto, nos codeamos con patricios y quirites, cortesanas y filósofos, esclavos y libertos, y nos suspende la variedad de clases y estados de los hombres, su genio y costumbres, y cuanto de malo y bueno encerraba en sí la denominadora del mundo. Pero, sobre todo, ¡cuán grato y dulce oír los acordados acentos de la horaciana lira, sobria y enérgica, numerosa y elegante, ahora condene los vicios y crímenes de su época, ahora dicte el código inmortal del buen gusto, y le fortifique y autorice con el propio ejemplo, en obras imperecederas,

Labradas por la mano de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros!

Fijad también la consideración un momento en la que intitula *Epístola á mis amigos de Santander*, escrita cuando bizarras y entusiastas paisanos suyos le obsequiaron con la *Biblioteca Griega* publicada por Didot. ¿Es el crítico hábil ó el historiador ameno quien allí despliega á nuestros ojos con

sólo una pincelada magistral las escenas y cuadros históricos y poéticos más interesantes de la *Ilíada* y la *Odisea*; quien nos conmueve con los suspiros y sollozos de la mal correspondida Safo, ó nos entusiasma con los cantos de Píndaro y Tirteo; quien nos lleva en aquel teatro á contemplar los mitos y tradiciones antiquísimas, primeros vagidos de la Historia; y, en fin, quien se apacienta en la ingenua y desatada prosa de Heródoto y en el penetrante y nervioso estilo de Tucídides? Ni tampoco olvidemos *La Galerna del Sábado Santo* de 1878, porque en el ropaje de la grandiosa elegía se entretrejen preciosos diamantes, sacados de la mina del estudio más asiduo y penoso, histórico y geográfico, de las regiones cántabras. Pero el exquisito libro que le acaba de abrir, con gloria envidiable, de par en par esas puertas, es la *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

Nadie puede negar que la historia de España, en su conjunto admirable de hechos seguros y fecundos en pródiga enseñanza, está por escribir; y que del cuadro magnífico de ella sólo poseemos la traza, bien concebida por el P. Juan de Mariana, y varios trechos bellísimamente dibujados y comenzados á meter en color por el diestro pincel de Ambrosio de Morales, D. Diego de Mendoza, D. Francisco de Moncada, Melo, Írving y Préscott. Aun la Geografía y la Cronología, por cuyos ojos ve la Historia, se fatigan en balde para aclarar muchos puntos dudosos de no pequeño valor; y aun repetidas veces se encuentran sin deslindar y confundidas la Verdad y la Fábula. Todavía nos falta acabar de sorprender y conocer á fondo el carácter propio, distintivo y constante del pueblo español, ahondar más en el corazón de nuestras razas, y ensayar en la piedra de toque de la experiencia de repetidos siglos los resultados consiguientes á nuestro genio y carácter, y lo que á duras penas se deba achacar á la casualidad y á la fortuna; si no es, cual yo pienso, que bajo ambos nombres de casualidad y fortuna suelen encubrirse y disculparse la ceguera é imprudencia humanas, de que se coge siempre en muerte y perdición el lamentable fruto.

Pero sobre todo, escasean las monografías, donde quede

agotada la materia, depuradas y acrisoladas las noticias, limpias las fuentes de los hechos históricos, retratadas de cuerpo entero las personas que en ellos hubieron de intervenir, y llenos de luz y hechizo mares y tierras, selvas y llanuras, pueblos y artefactos, la lluvia y el viento, el sol y las tinieblas de la noche. Cuando sabe enriquecerse el ingenio con bien ganado tesoro, quilata, juzga y falla, y logra que resplandezca la Verdad y nos amaestre y vivifique, deshechos los nubarrones que la ofuscaban.

Es descamino insigne limitar la narración histórica á sólo cuchilladas y mandobles, cercos de plazas fuertes y arengas de capitanes, y á matrimonios y alianzas de príncipes. Antes que en el campo de batalla se ha decidido ya la suerte de un pueblo en las virtudes ó vicios, en la previsión ó torpeza, valor ó amilanamiento, sabiduría ó necedad de sus prohombres, magistrados, repúblicos y magnates. Todos los de una gran nación y bien ordenada república, según observa Maquiavelo, brillaron por sucesión no interrumpida, asombro de fortaleza, prudencia y rectitud, de saber y cultura, de magnanimidad y abnegación. Díganlo republicanas Grecia y Roma dígalo monárquica España en su siglo de oro, cuando clava el estandarte de la Cruz sobre la más erguida torre de la Alhambra y en las empinadas cumbres de los Andes, y eclipsa la media luna turquesca en el pérfido y sangriento mar de Cefalonía. Sus monarcas son entonces los Católicos Isabel y Fernando, el César Carlos y Felipe II el Prudente; sus capitanes, Gonzalo de Córdoba y Alejandro Farnesio; sus marinos, Colón y D. Álvaro de Bazán; sus consejeros y áulicos, un Cardenal Mendoza, un Jiménez de Cisneros, un Hernando de Talavera y un magno Duque de Alba; sus teólogos, historiadores, artistas y poetas, un cielo de ingenios incomparables.

Brindanos, pues, la historia de cualquiera pueblo con muchos y excelentes puntos de vista; y de todos ellos saben sacar partido la sólida instrucción, el adestrado juicio y el claro y penetrador entendimiento.

Los plácemes que al historiador se han de rendir cuando pinta las grandezas y bienandanzas de un pueblo, debidas á

las altas y peregrinas dotes y nobilísimo temple de alma de los ciudadanos, esa misma entusiasta alabanza se le ha de tributar cuando sabe poner de manifiesto las erradas opiniones, obcecación y locura de muchos, en las cuales debe conocer los primeros síntomas de mortífero cáncer social quien tiene forzosa obligación de acudir á extirparle con prontos y eficaces remedios.

Pues, así como al lado de la Teología positiva, que nos muestra las perfecciones de Dios estudiando sus atributos esenciales, hay una Teología que se pudiera llamar negativa, que nos las patentiza empleando igual estudio en las imperfecciones del ser limitado y finito, las cuales hacen resaltar más y más las perfecciones del ser infinito: y de la propia suerte que ingenioso pintor, al bosquejar sus mágicos lienzos, suele acrecentar y oscurecer con valentía las sombras, para que sea más viva y seductora la luz;—así la Historia en la pluma del Sr. Menéndez y Pelayo descubre inagotables y deleitosos raudales de enseñanza, descombrando la olvidada tumba de nuestras herejías, y rebuscando entre el polvo de los archivos y en el laberinto de confusas y desperdigadas noticias las más completas y útiles de pasados errores.

El sazonado fruto de esta, aunque árida y penosa, magistral investigación, lejos de haber deslucido y menoscabado los timbres de que España se glorió siempre y con seguro fundamento, ha evidenciado que tan lamentables errores, transplantados siempre á nuestro suelo para cubrirle de espinas y maleza, nunca formaron parte esencial de la Nación, sino que fueron como las sombras que realzaron su luz propia, como un atentado contra nuestra nacionalidad, y como la absoluta negación de ella, de nuestra raza, de nuestro carácter y de nuestra independencia y prósperos destinos.

Más todavía: el fruto opimo de tan sólido y provechoso estudio cual el del Sr. Menéndez y Pelayo, ha sido evidenciar en el crisol de la experiencia de dilatados siglos, que entre nosotros el error se abrazó únicamente á los hinchados y estériles vanidosos; á los ambiciosos, díscolos y menguados; y, con solas dos excepciones únicas, á entendimientos baladies,

á quien negó naturaleza plumas y ojos de águila para volar más allá de las nubes y clavar la vista en la luz del sol; á la manada, en fin, perversísima y desastrosa de hombres, que trata, y se sale con la suya, de no diferenciarse de los brutos asidos á la tierra, esclavos míseros de su vientre. Salvas las dos excepciones que dije, y que por excepciones hacen más firme la regla general, no deben nada á los heterodoxos españoles ni las ciencias, ni las letras, ni las artes: á los varones llenos de Dios se lo deben todo.

En vano la envidia y locura públicas despedazarán un día y otro, sin descanso ni tregua, cuanto admirable eternizó el arte cristiano, y pugnarán por sumir en desprecio y olvido los profundos y religiosos libros de sapientísimos varones. También la tiranía de los Césares dió al fuego los monumentos y escritos que hicieron grande, libre y prepotente á Roma; pero ya Tácito nos dijo haber los tiranos conseguido que en la hoguera se consumiese todo aquello honrosísimo y venerando, mas no que pereciese la libertad. Despueble feroz é hipócrita barbarie nuestras, no hace medio siglo, innumerables y riquísimas bibliotecas; lleve á tierra extraña los tesoros que fueron acopiando por espacio de doce siglos, ó échelos á papel viejo, ó redúzcalos á cenizas. No perdone tampoco los templos, alcázares y palacios que trazó la portentosa inventiva y la ciencia profundísima de Cebrián y Juan de Badajoz; de Bernardo y Mateo, gratisimos á Compostela; de Pedro Pérez, admirable en Toledo, y de Juan de Colonia, en Búrgos; de Juan Gil de Hontañón, Diego de Riaño, Covarrubias y Diego de Siloe. Ni se salven las soberbias esculturas de Felipe de Borgoña, Ber ruguete y Montañés; ni las tablas y lienzos de aquellos cristianos artífices á cuya inspiración se rasgaron los cielos, mostrándoles el piélagó inmenso é inefable de beatífica luz y vida que en sí guardan y encierran. No ceje un punto en su obra de maldecir y destruir lo que fué, de acabar con todo lo que sirve para engrandecer al pueblo y dotarle de exquisito y delicado gusto. Pero sepa el espíritu de las tinieblas que será impotente para borrar la memoria laudabilísima de los artífices y escritores inmortales, de los héroes verdaderos, de los varones

inmaculados y benditos. ¿Quién ha llegado á ver una sola pintura, un rasguño solo del griego Apeles? Mas, ¿quién no le admira y aplaude todavía, como si todas juntas se ofreciesen á nuestros ojos? El error, la ceguedad, la pérfida é interesable seducción de arteros é incansables enemigos, jamás tendrán fuerzas bastantes para extinguir la justa fama de nuestras pasadas, legítimas glorias, para acobardar y envilecer nuestro corazón en adversidades terribles, para amenguar nuestro patriotismo y constancia en el día de la prueba, en el mayor infortunio, para aherrojar la libertad ingénita y prostituir y apagar eternamente el ingenio español.

Esta lección y esta consoladora verdad nos ofrece la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, porque su autor sabe comprender cómo desde muy alto se ha de escribir la historia, trayendo á una mano la cultura general y todas las manifestaciones de la actividad humana, sin dogmatismo ni declamaciones impertinentes, antes bien haciendo que la bienhechora lección resulte de la claridad y exactitud con que se exponen los hechos, del contraste elocuente del bien y del mal, y de la fineza del espejo, á quien debemos consultar para corregir nuestros defectos é imperfecciones.

He aquí, señores, la empresa que acometió Menéndez y Pelayo al salir de la infancia, en turbulentos y azarosos días. Lejos de meterse á filosofar en materia histórica, como hacen los que ignoran ambas ciencias, lejos de rendir parias á los malhadados sistemas *á priori*, que falsifican, descoyuntan y deshacen la Verdad, encajándola á martillazos en desvencijados y estrechos moldes, se internó por la selva ya intrincada y oscura, ya lúcida y amena, de nuestra vida religiosa, política y social. Para él no hubo laberíntica red de cortadas y revueltas sendas, todas ellas, con sus entradas y salidas, éranle, como á dueño, abiertas y familiares.

Ningún punto de vista es en historia más apropiado que el de la Religión para conocer la vida íntima de un pueblo, y su genio y carácter, porque tampoco ningún principio ejerce influencia mayor que el religioso en el corazón de la familia

y de la sociedad. La historia interna de las naciones vale y enseña mucho más que la externa.

Escogió, pues, el Sr. Menéndez y Pelayo, para desplegar sus titánicas fuerzas de historiador, un asunto de inmensa importancia; y bien distribuída la materia, le llevó con rica y fácil pluma á término venturoso. No le fué necesario acudir, por falta de inspiración y estudio, á recursos y epítetos oratorios, á soñolienta hojarasca de imágenes, metáforas y argentería de pacotilla, á genialidades, chafalditas y bufonadas de mal gusto, á hinchadas y vanas declamaciones. Fluido y llano el estilo, correcta, sabrosa y castiza la dicción, animada y pintoresca la frase, independiente y sencillo el ánimo, nos presenta la epopeya satánica de nuestros errores. No imita al romano historiador, en esto de escoger por guía y mentor á un par de analistas, y desentenderse de los archivos, de las inscripciones y aun de los monumentos públicos; sino que, además de conocer á fondo todas las mejores obras escritas sobre cada particular, y discernir lo bien fundado en ellas, procura siempre enterarse por sí mismo de las memorias coetáneas, de los expedientes originales ó de sus esmeradas copias, y, en fin, de cuanto sirve para formar juicio propio, no preconcebido, y descorrer el velo que durante siglos envolvió en impenetrable oscuridad los hechos históricos. Dígalo, si no, el capítulo relativo al arzobispo toledano D. Bartolomé de Carranza. Yo ví al nuevo Académico estudiar y extractar en nuestro precioso archivo los infinitos legajos del voluminosísimo y abrumador proceso, fulminado contra el célebre dominico, que fué uno de los Padres en el Concilio de Trento. Y ¡cosa digna de consideración! parecía como azogado aquel mancebito, aquel historiador imberbe, no pudiéndose estar quieto un instante en la silla, meciendo los pies, volviendo á cada paso la cabeza para ver quién entraba ó salía, y conversando con unos y otros; pero á todo ello, sin detener y sin interrumpir un momento el vuelo á su mano y á su pluma. En otro siglo se hubiera dicho y creído que aquel chicuelo tenía pacto con el diablo. Hoy nadie lo podrá suponer ni decir de quien no se detuvo en persignarse públicamente en el general de la Universi-

dad de Madrid, ante numerosísimo concurso, al leer de oposición á cátedra del Doctorado, la cual obtuvo á los veintidos años de edad. Ni rematada malevolencia conseguiría deslucir al joven sinceramente religioso, que en notoria y muy solemne ocasión, cuando la incredulidad é impiedad querían inutilizarle con moros y paladines, y cerrarle para lo porvenir el paso en la carrera, abroquelándose con alguna opinión emitida en materia libre por escritores venerandos; y con ello le motejaban de oscurantista, fanático y neocatólico,—se apresuró á confesar paladinamente: «Soy católico; no nuevo ni viejo, sino católico á machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano; sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna á la impiedad ni á la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso; pero muy ajeno, á la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de este ó del otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia.»

Á los ojos de vuestro elegido la humanidad no representa el drama trágico de la vida agitándose dentro de un círculo de hierro, presa de fatales y continuas revoluciones, sino que el hombre hace el mal ó el bien con libre y espontáneo albedrío, puede encender ó apagar la discordia, hundir ó salvar la sociedad, y es siempre y eternamente responsable de sus actos. Por demás sabe el esclarecido compañero, de qué manera la ciencia del historiador estriba en considerar la historia como un todo, y este todo compendiado en cada una de sus partes. De aquí el venir á ser cualquiera libro, y á veces cualquiera capítulo de la *Historia de los Heterodoxos*, una disertación cabal y perfecta; de modo que el autor puede sacarlos á luz independientemente, como lo ha hecho ya con general aplauso respecto de los capítulos que se refieren al famoso médico catalán del siglo XIII, Arnaldo de Vilanova. Estímese, pues, la obra de los *Heterodoxos Españoles* como espléndido collar de perlas orientales, bien engarzadas entre sí, hasta el punto

de que, si se arrancara de su sitio una de ellas, la alhaja no desmerecería en lo armonioso del conjunto.

Subido precio tiene, entre las dotes que avaloran este libro, el arte con que se depuran las noticias transmitidas por los historiadores, quilatándolas en el estudio de la naturaleza y condición humanas, y del orden y desarrollo constante de ciertos hechos en la vida de las naciones, según diariamente y á vista de ojos nos lo enseña la experiencia. Explicando lo que fué por lo que es, buscando las analogías sin juicio preconcebido, y no olvidando que el hombre es siempre el mismo, y siempre, sin embargo, parece diferente, busca más de una vez, y luego encuentra, lo verdadero por lo verosímil; eslabona dos sucesos ciertos con uno intermedio ignorado, pero probable, que enlaza á los otros dos; y viene á justificar lógicamente la sucesión histórica.

Ved, señores, cómo no ha estudiado las personas, hechos é instituciones desligada y aisladamente, sino en conjunto, y con relación á su tiempo y al estado y circunstancias de los demás pueblos de Europa.

Cuántas leyes acópia el elocuentísimo discurso que acabáis de aplaudir, útiles á historiar con sinceridad y elegante hermosura, y cuántas reglas sanciona el buen gusto por buenas, esas mismas observa escrupuloso y fiel nuestro joven compañero. Él, que se complace en recordarnos la pintoresca descripción de la historia, cual la imaginaba el aragonés carmelita descalzo Fr. Jerónimo de San José, dicho en el siglo don Jerónimo Ezquerro de Rozas; él, que á ley de verdadero sabio contempló realizado no hace mucho aquel bello ideal en un libro clásico laureado por otra Academia, nuestra hermana mayor,—él no podía menos de presentarnos en sus obras, con exactitud, lozania, viveza y colorido admirables, los hombres, cosas y tiempos que pasaron. ¡Qué cuadro, en su *Historia de los Heterodoxos*, el de la culta y brillante sociedad napolitana, en los días en que el erudito, elegante y descaminado Juan de Valdés coadyuvaba sordamente á que el error anublase la risueña claridad de aquel cielo! ¡Qué valiente retrato el del feroz Calvino; y qué escena tan dolorosa y conmovedora y al-

tamente trágica la del suplicio del sabio y obcecado Miguel Servet, hecho tostar, martirizar y morir en mal preparada hoguera por aquel ciego vociferador de tolerancia y libertad religiosas! ¡Cuántos trechos de vigorosa elocuencia, cuántas pinceladas y toques de maestro, cuánta poética realidad avaloran la *Historia de los Heterodoxos Españoles!*

Pero el arte aislado y solo de por sí, jamás dispuso de fuerzas y virtud bastantes para autorizar y sublimar al ingenio: han de enaltecerle prendas aún de mayor valía.

Quien no es fiel y leal, quien no es verídico é ingenuo, quien no es honrado y probo, logrará quizá entretener una hora á frívolos y ociosos lectores, alucinar á críticos ligeros ó mal informados; pero no alcanzará nunca la estimación de los sabios y de los hombres de bien. Sirva de escarmiento un hombre muy famoso de la centuria xvii. Sus bajas adulaciones á los nobles y adinerados, su entremetimiento y fortuna le encumbraron hasta el cargo honrosísimo de Cronista mayor de España. «Era, dice nuestro malogrado compañero Godoy Alcántara, un literato universal: sus obras pasan de doscientas, porque á él no le arredraba ningún asunto, incluso la historia del ave fénix.» Más allá que él, no llevó nadie el afán de ostentar erudición de aparato; nadie ambicionó tanto como él la admiración y el aplauso de su siglo. Falsificó viejas historias, propaló mentiras, se atribuyó descubrimientos portentosos; y cuando obtuvo el puesto guardado hoy para nuestra Academia de la Historia, en vez de no entrar en él sin publicar á voces: «Yo fingí, por ligereza de que me arrepiento, el *Cronicón de don Servando*, supuesto confesor de los reyes D. Rodrigo y D. Pelayo; y vulgaricé estas y las otras patrañas, contando con los necios é ignorantes, que no faltan jamás para dar asenso á lo absurdo,» se limitó á decir en una mala composición poética, hablando de su vida pasada:

Servi á la vanidad, bebí el veneno
Del vaso de la falsa vanagloria.

Por eso uno de vosotros le ha negado el crédito, aun en lo mismo que, lleno de verdad y á los tres días de suceder,

anotó en su diario de Cronista: pues al hombre que cae miserable, y á tiempo no se levanta, la sociedad no llega á estimarlo nunca.

Menéndez y Pelayo, que atravesando el lodazal de los errores ajenos, sale de él, como el sol, incólume y sin mancha, jamás había de caer en la tentación de gustar aquel vaso de la falsa vanagloria. Expone con fidelidad las doctrinas y sucesos, no los adultera, no los desfigura, no los falsifica. Aprécioslos según su firme y sano criterio religioso, político y moral. De donde quien no piensa como nuestro elegido y quien le es desemejante en religión y opiniones, si abriga en su pecho un corazón honrado, se ve en el trance de rendir entusiasta y cumplido elogio á nuestro compatriota, cual lo hace el erudito Böhmer, profesor de la universidad de Estrasburgo, sin que en su mano esté dejar de dolerse y de exclamar con el dramático:

¡Lástima que este moro no se salve!

Bien merecen trasladarse aquí sus palabras: «Á no dudar (dice), Menéndez y Pelayo es el hombre más docto y mejor informado en lo que toca á la literatura del movimiento evangélico entre sus compatriotas; y en este punto de conocer á fondo aquella literatura no hay quien pueda rivalizar con él, ni entre los protestantes mismos. Además, posee muy variada instrucción, es defensor acérrimo de las ideas morales, y hombre de firmes y enérgicas convicciones religiosas. Como maestro que es en su propia lengua, frecuentemente confiesa su admiración por la pureza y expresiva energía de la frase en las obras castellanas de los mismos hombres de quienes es antagonista. Puedo aplicarle aquel verso de un antiguo poeta francés, que hablando de cierto noble guerrero opuesto á Carlomagno, en España, exclama: «¡Oh Dios, qué campeón! ¡Si fuese cristiano!»

Idénticas alabanzas le tributa el sajón Tollin, afamado biógrafo, expositor y apologista de Miguel Servet, al cual exclusivamente ha consagrado su vida y su pluma. «La sabia *Historia de los Heterodoxos Españoles* (dice) se apoya siempre

en las mejores autoridades y recados justificativos, todo lo cual examina su autor con imparcialidad notable. Yo preferentemente le he tomado por guía para mi estudio sobre Casiodoro de Reyna.»

Señores, no os cause extrañeza que se me vengan á la memoria testimonios de extranjeros, no nada sospechosos de parcialidad en pro de un español católico tan conspicuo y firme cual el Sr. Menéndez y Pelayo, y que deje de recordaros el de críticos respetabilísimos, como el Censor de la Real Academia Española, que pronto vendrá á sentarse en estos escaños, y como el egregio continuador del *Ecclesiasticae Historiae Breviarium*, bosquejado por el sabio florentino Berti, que no se detiene en llamar á vuestro elegido «verdadero milagro de erudición,» *verum eruditionis miraculum*. Böhmer y Tollin no pueden menos de reconocer la imparcialidad y sinceridad con que narra el joven español la honradez con que no niega á sabiendas ni la inteligencia, ni la ciencia, ni la probidad al heterodoxo que las tuvo y no supo darles buen empleo, la justicia con que censura, el tino con que falla. Estas son las dotes propias del historiador cristiano; y quien aventura que á los católicos falta libertad para juzgar sin pasión, ni está en lo cierto ni en lo seguro. ¿Faltar libertad á quien necesariamente ha de ejercerla sin temor, para que no le alcance el anatema del profeta Isaías: «¡Ay del que á lo malo llama bueno, y bueno á lo malo!» ¿Andar cohibidos y á ciegas los que oyen á Cristo: «Venid á mi; yo soy el camino, la verdad y la vida!»

Menéndez y Pelayo va á Él, sigue sus pisadas, le oye, y vive. No presume de ser descubridor primero y perfeccionador único en nada, y sin embargo descubre mucho ignorado y perfecciona mucho conocido. Cita, copia, investiga, consulta; pero no plagia, ni roba lo ajeno con superchería punible y grosera desvergüenza. No caza al vuelo ideas, noticias, datos literarios é históricos, prendiéndoselos con alfileres, pavoneándose con ellos cual si fueran suyos, y desliéndolos en lengua franca y semibárbara; sino que reconoce y confiesa al bienhechor, y deslinda lo propio y lo que no le pertenece. Y

obra así, porque es rico de saber, y no avaro y mísero; porque no abriga mezquino y emponzoñado corazón, y es probo. No adula á extranjeros ni á enemigos de poco fuste; ni olvida ó escatima el elogio á quien de derecho se le debe, ni ofende ó menosprecia al docto compatriota dadivoso y espléndido, antes bien se deleita en encumbrarle, porque nuestro elegido no traficó jamás con el elogio ó la censura. Gusta de la fama; pero no de usurparla sino de merecerla. En fin, una rara virtud sirve de corona á su valor sobrenatural: no le duelen ni el bien ni los aplausos ajenos; alienta á jóvenes aplicados; y huye de asemejarse al drámatico Goethe, que únicamente para las risibles medianías firmaba patentes de mérito.

Así Menéndez y Pelayo pudo arrancar niño el aplauso y la admiración de sus contemporáneos y de la Europa sabia; y á los veintidos años ganar en abierta lid la cátedra de Historia crítica de la Literatura Española, propia del doctorado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central; y á los veinticuatro ser llamado á ocupar un sillón en la Real Academia Española; y otro, á los veintiseis, aquí en el Senado clarísimo de la Historia patria. Cuando en cualquiera de esos tres palenques augustos del saber, se halle precisado á decir: «Yo descubrí tal cosa, yo tuve la dicha de esclarecer el primero este punto ignorado, oscuro ó difícil,» nadie le podrá echar en cara: «Tú lo plagiaste, tú lo robaste, y aún todavía no lo has restituido.»

¡Oh, quiera el cielo que la bien ganada alabanza no le maree, ni las honras le induzcan á tenerse por suficiente y á descuidar el estudio solícito, ni la vanidad y soberbia le hinchen, ni le desdore y envilezca la ingratitud! Mucho le ha dado el sumo Dispensador de altos bienes, y mucho le ha de exigir. Los talentos que recibió tiene que restituirlos doblados. Y doblados los volverá. Para ello hay prestada una fianza segura. Harto sabe, por la Divina Misericordia, este generoso mancebo que el título de catedrático del Doctorado, el título de dos veces académico, el de elegantísimo poeta, el de crítico, el de historiador, el de sabio, ninguno de ellos ni todos juntos valen cuanto vale el título de hombre de bien. ¡Que

pueda siempre, sin estremecerse ni avergonzarse, levantar al cielo piadosa la mirada! ¡Que en el supremo día se le pueda llamar como al gran Miguel de Cervantes Saavedra, «insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos;» y cual él pueda mostrar descubierto aquel rostro á quien no afeó mancha ninguna, á quien hermoseó el valor, el saber, la modestia y la caridad cristiana: todo ello

prenda cierta
de que pudo, á la partida,
desde esta á la eterna vida
ir la cara descubierta.

LA PAMPA.

(A mi querido amigo D. Antonio Rubió y Lluch.)

Aquí, de aislada altura,
 te admiro ¡hermosa pampa! cual del puerto
 el ponto descubierta:
 él, líquida llanura,
 tú eres piélago inmenso de verdura.

Todo igual en tu seno:
 lo mismo que en lejana edad ignota,
 sesgo aquilón te azota
 remolinando el heno,
 ó turba tu silencio ronco trueno.

Hoy, como entonces, riega
 manso, apacible, soñoliento río
 en lánguido desvío
 tu silenciosa vega,
 ó hinchado hierve y como mar te anega.

Hoy, cual siempre, su velo
 de purísimo azul sin una sombra
 tiende sobre tu alfombra
 el dilatado cielo
 Que cansa de las águilas el vuelo.

Y cuando más se inflama
 subido el sol en el zenit radioso,
 como siempre abundoso
 el raudal de su llama
 en vivas ondas sobre tí derrama,
 Y con la misma tinta

crepuscular, con que doraba en antes
 horizontes distantes,
 tu orla vaga, indistinta,
 hoy el astro, al morir, retoca y pinta.

Ni menos que en aquellas
 noches en que campestres soledades
 honraban las deidades,
 amorosas y bellas
 abájanse á tus valles las estrellas.

En tu recinto abierto
 ciudades que fundó la gente hispana
 ¿qué sor ¡oh gran sabana!
 más que el aduar incierto
 que el nómada levanta en el desierto?

Que si á tu linde asoma,
 medrosa la cultura ciudadana
 huye, y no te profana,
 ó su soberbia doma,
 y simple vive y trage agreste toma.

Ni un solo monumento,
 orientando al viajero conmemora
 de guerra asoladora
 el estrago sangriento;
 ni una sola inscripcion saluda el viento.

El bélico ruido
 cesó, y la sangre que corrió en la liza
 tu verdor fecundiza:
 vencedor y vencido
 mezclados yacen en común olvido.

Sólo el corcel publica
 el esterminio de una antigua raza,
 y suelto se solaza
 en la dehesa rica
 dó su especie restaura y multiplica.

Tu mágia me circunda,
 ¡Campo de soledad! y llega á el alma
 en tu solemne calma

eco de voz profunda
que en placer melancólico la inunda.

Tiendo los pasos, y entro
en sendero sin fin. Siempre la misma,
tu inmensidad me abisma:
tienes doquiera centro;
tu límite dó está? Nunca lo encuentro.

¿Quién viéndote no anhela
la libertad que indómita palpita
en tu zona infinita?

¿Qué espíritu no vuela
al Dios que en tí su majestad revela?

No hay señal que recuerde
lo que vió el Océano, hirviente y hondo;
y en tu ámbito redondo
todo se borra y pierde,
y sólo eterno vive el césped verde!

MIGUEL ANTONIO CARO.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR D. ADOLFO DE SANDOVAL

en la solemne sesión celebrada por la Juventud Católica de Madrid para conmemorar el V aniversario de la exaltación de León XIII al Solio Pontificio (1).

Monseñor (presidía el Ilmo. Sr. Auditor de la Nunciatura): señoras: señores:

En medio del universal concierto de alabanzas y de cánticos que llegan sobre las alas de la fé cristiana, en este solemnisimo momento, hasta la Cátedra de la verdad eterna é infalible, sólo mi pobre voz sin hermosura, sólo mi pensamiento sin grandeza, vendrán á ser como la desafinada nota que disuene en la ascendente escala de todas esas maravillosas armonías. El eco de elocuente palabra que aun vibra, conmoviéndolo, en vuestro espíritu, y la triste realidad de mi impotencia para decir nada digno ni nada bueno, harán que mi discurso, sin flores, sin aromas, sea el verdadero desierto de esta velada memorable. Porque ¿qué cosa os diré que no haya sido repetida aquí por oradores elocuentes, henchidos de entusiasmo, por altísimos poetas, á quienes yo me complazco sinceramente en aplaudir y en admirar? Yo recuerdo en este momento las dulces palabras de aquel ilustre dominicano francés que,

(1) Nos parece oportuno advertir al lector, que este discurso, pronunciado hace ya bastante tiempo, no ha visto todavía la luz pública.

(N. de la D.)

vestido con el hábito de los hijos de Guzman el Apóstol, resucitaba entre el clamoreo creciente de la revolución desenfrenada la devoción hermosa á la Virgen María: «El amor,—decía ese gigante de la elocuencia, Lacordaire,—el amor tiene una sola palabra, y pronunciándola siempre, no la repite jamás.» ¡Ah, señores!... Yo no puedo preservarme de la exaltación, del entusiasmo generoso que en estos instantes se apodera de todos vosotros, entusiasmo, exaltación, fuerza, sentimiento, que estremece nuestro espíritu con el estremecimiento de lo sublime, y agolpa ideas al cerebro, y al corazón adivinaciones, é irradia por los ojos y por los labios, y truécase en palabras, en poesía, en cánticos, en esperanzas, en recuerdos que suben como las espirales del incienso, como las melodías del órgano, como las aspiraciones de lo finito, hácia los cielos, y llegan desvanecidas y suaves cual si fueran arrullo de místicas oraciones hasta el trono del Pontífice augusto y soberano, colocado por el dedo del Omnipotente en lo más encumbrado de este mundo para llevar á puerto seguro de bendición y de bonanza la Iglesia inmaculada de Jesucristo, la pura y santa ciudad de Dios. ¡Ah! Imposible decir lo que consuela el espectáculo que presenta el universo católico, congregado hoy en espíritu allá, lejos, en la Roma sagrada, para celebrar la exaltación al Sólío Pontificio del venerable Papa León XIII. Imposible. Cuando los hijos de los hombres levantan por do quiera para el placer tiendas regaladas y para la materia impura altares; cuando han caído ya entre el polvo del camino los muros de Jerusalem; cuando se ha hecho de esta tierra, sombra de un instante que pasa, la patria eterna y el eterno cielo; cuando ya no hay creencias en el entendimiento soberbio ni amores castos en el corazón torpe y egoísta; «cuando el Evangelio de las generaciones que vienen, como decía el gran Donoso, se está escribiendo tal vez en un presidio,» el Universo contempla aun atónito cómo se levanta sobre todo lo caduco de este mundo, el poder espiritual y divino representado en aquel anciano venerable ungido por los cielos que mueve las almas con las promesas del emperio, con los tesoros de la gracia y las llena con el idealismo de la creencia y las

transfigura en el Thabor luminoso de la caridad cristiana, y las enciende con el fuego abrasador del misticismo, y las une por atracción misteriosísima, como á los astros del azul espacio, y las lleva triunfadoras en el destierro, sobre las cumbres de Sión la hermosa, para engarzarlas como estrellas refulgentes en el cielo sereno de la gloria. Así, la historia y la vida quedarían de consiguiente en las tinieblas del caos ó enrojecidas acaso por el fulgor siniestro del incendio, sino reverberase sobre ellas con resplandor espléndido, la luz divina del eterno Pontificado de Pedro. Mirad, mirad allá la Basílica Vaticana, levantada hasta los cielos por el génio maravilloso de Miguel Angel. Mirad el blanco trono de León XIII. Hasta sus gradas han llegado los ruidos pavorosos de la batalla, los clamores turbulentos de la impiedad y de la blasfemia satánica. Los políticos le tendieron asechanzas; las naciones desposeídas del reinado social de Jesucristo enviaron contra él cruzadas; el humo de los cañones rayados la envolvió como nube fétida; aventureros desconocidos, sin pundonor y sin conciencia, saquearon los Palacios Pontificios para coronarse en el desvanecimiento de la victoria, en la embriaguez de la orgía con los despojos del botín, con las preseas del robo y del sacrilegio nefando. Y en tanto que todo esto sucedía, el pobre pescador vestido con la *cándida* blanca vestidura, vibrando bendición inacabable, levantaba sus manos á lo alto para traer bienes fecundos á la tierra ingrata, redimía las conciencias, quebrantaba las cadenas de los esclavos, señalaba á la autoridad tiránica sus límites, á la razón desvanecida su derrotero; y en tanto la humilde navecilla con la blanca bandera por emblema, con la Cruz sacrosanta por timón, seguía su curso, ya sosegado, ya intranquilo á través de los océanos borrascosos ó de los mares de bonanza. Verdad que, como cantaba el Profeta Isaías: «Los cielos serán deshechos como humo y la tierra envejecerá como ropa de vestir, pero la palabra de Dios permanece para siempre.» «Verdad que para aquella navecilla, como escribe Donoso Cortés en el *Ensayo*, las tribulaciones son victorias y los huracanes brisas bonancibles y delgadas que la llevan al puerto codiciado.» ¿Y qué fuerza, señores, qué

atracción, qué impulso, qué misterio, qué fuerza soberana encerraba el poder del Pontificado Romano, levantándose sobre las metamorfosis de los siglos, sobre todas las catástrofes de la historia? Preguntad, preguntad á la parábola de aquel oscuro Nazareno que resucitaba, como á Lázaro, á la humanidad en el sepulcro. Preguntad á las muchedumbres atónitas escuchando al borde de los lagos, al pié de las montañas perfumadas por el terebinto la predicación del Evangelio, ese Código eterno del espíritu; preguntad á los cristianos perseguidos que confiesan la fé de Jesucristo.

El secreto altísimo del poder del Pontificado Romano está en haberse en él encarnado por medios inefables aquella aspiración del Apóstol San Pablo: «Sólo una cosa quiero saber, Cristo y Cristo Crucificado.» «Que fué tanto como decir— escribe el ilustre Donoso—sólo una cosa quiero saber para saberlo todo, quiero saber á Jesucristo solamente, porque sólo en Él están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las cosas.» Así los mártires vencieron. Así tambien, cuando ha sonado la hora apocalíptica, cuando vienen sobre las alas del huracan y entre el bramido de las tempestades los pueblos germanos, ellos, ellos... los de la larga cabellera tendida al viento, los de la mirada que despide rayos, los de los lábios humedecidos con la sangre de las víctimas, ellos, bárbaros: feroces, indomables, á las puertas sagradas de la ciudad eterna, bajo el cielo sonriente de la hermosa Italia, arrojarán la lanza y el escudo férreo para caer de hinojos á las plantas de humilde Sacerdote y entonar, henchidos ya de la fé generosa del neófito, el nuevo cántico de Alleluya, el espiritualista, «*Credo in unum Deum.*» Así, en los albores de la influencia soberana de la idea católica, el sentimiento, la poesía, el arte popular han engendrado aquella célebre leyenda de *Roberto el Diablo*. Así tambien el Pontificado triunfaba en todas las crisis supremas de la Historia por su fuerza íntima, misteriosa, por los dos grandes principios que para mí constituyen la esencia de la civilización católica: «Quien quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome la Cruz y sígame» «Un mandamiento nuevo os doy: que os ameís los unos á los otros

como Yo os he amado.» Con el fuego de estas palabras, el Pontificado encendió las almas ansiosas de lo infinito con la eficacia de su acción en todas las esferas de la vida, salvó al mundo en la hermosa é inmaculada ciudad de Dios. «Y del fondo de los desiertos del Oriente, de la tierra del Africa abrasada, como escribe elocuentemente Montalembert, Dios hace brotar una nube de hombres negros, intrépidos, sufridos, más que bárbaros y romanos, son los monjes.» Y aparecen los Monasterios, que como los de Tours, San Gall, Tueda, Hirchan, Reichenau, Corbey y Weisembourg, son el refugio de las artes y de las ciencias perseguidas. Y llegan los Emperadores para postrarse sobre la piedra del sepulcro de los Apóstoles Santos y propagan los misioneros de la Buena Nueva la locura de la Cruz por los límites del Universo conocido; en tanto que la poesía celebra la victoria de los mártires y la pintura trae á la tierra reflejos de lo infinito, y el entusiasmo caballeresco se apodera de la leyenda y de la vida, y el espíritu rebosa en Europa, que se marcha hácia el Oriente á la conquista de una Cruz y de un sepulcro, y los Pontífices disipan al eco de su potente voz las tempestades pavorosas; y llega para subir hasta los cielos, como la aguja calada de las catedrales góticas, el siglo xiii, el siglo quizá más grande de todos los siglos de la historia, ese siglo gigantesco en cuya cúspide han flameado los rayos y los albores de aquel Paraíso adivinado en las elevaciones y en los éxtasis del enamorado soñador florentino. Son tantas y tan altas las ideas que se agitan por los piélagos del pensamiento, que no puedo, no, no puedo nunca hablar del siglo xiii sin caer de rodillas en admiración inacabable, como Dante á las plantas de Beatriz transfigurada,

Vestita di color di fanma viva.

Por esos tiempos el espiritualismo ha enlazado la tierra con el cielo. Entonces, entonces «el campo santo era la Ciudad Eterna, y el Infierno y el Purgatorio la Epopeya, y el Jubileo la grande asociación de las razas, y la Cruzada la gran

guerra.» El siglo XIII, el siglo por excelencia del Pontificado Romano, habia cumplido aquellas palabras del Apóstol de las gentes: «*Instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et in terra sunt.*» Entonces, cuando Santo Tomás ha escrito la Suma Teológica «después de cuyas conclusiones sólo resta el *lumen gloriæ*», cuando ha predicado á los pájaros y á los hombres el enamorado serafin de Asís, cuando Dante, enardecido por el *primo amore*, ha vislumbrado la alborada serena de aquel Paradiso,

al quale ha posto mano il cielo é terra,

cuando Santo Domingo ha quebrantado la cabeza del monstruo de la herejía en el Languedoc y en la Provenza, cuando Giotto ha pintado, y San Buenaventura ha sentido, cuando las nubes han tropezado con las caladas agujas de las torres, cuando la fecunda idea católica ha ascendido á la cúspide luminosa de sus encumbramientos en el *Breviloquium* y en la *Imitación de Cristo*, en *La Divina Comedia*, en el *Stabat Mater*, en los himnos de los trovadores franciscanos, en las *Partidas* de Alfonso X y en las *Ordenanzas* de Luis IX, en el poema del Cid y en el poema de los Niebelungen, en las Catedrales de Toledo, de Salbourg, de Colonia y de Chartres, entonces el Pontificado toca tambien en el esplendoroso cenit de su grandeza con el ilustre Papa Inocencio III, y defensa de los desvalidos, refugio de los que padecen, aliento de los que vacilan, fortaleza de los que combaten, lucha contra el platonismo filosófico y contra el paganismo práctico, contra el fatalismo propagado por la cimitarra de los árabes y contra el cesarismo de Alemania propagado por las pretensiones de los Hohenstaufen; «y en medio de la tempestad pavorosísima que amenazaba al Universo, ha dicho el ilustre autor de la *Verdad del Progreso*, entre las olas que con soberbio empuje de todas partes se levantan, la cátedra de San Pedro es roca firme é inexpugnable, á cuyos piés la tempestad se estrella y las olas embravecidas se convierten en manso remolino.» Es verdad. Las Universidades laicas fundadas por los Reyes suce-

dieron á las escuelas fundadas por los Conventos; el Municipio levantó sus torres junto á la Catedral y el castillo; la querrela de las investiduras provocó la discusión de dogmas hasta entonces venerados; el derecho romano explicado en Pádua, en Salamanca, en Bolonia evocó el derecho divino de los Emperadores en frente del divino derecho de los Pontífices; la kábala, la astrología, el averroismo, el aristotelismo corrompido se introdujeron en las escuelas de los filósofos y en los libros de los comentaristas; el poder temporal y láico pretendió por la política, por las armas la omnimoda supremacía sobre el poder espiritual y divino; las herejías conmovieron la conciencia purificada al pié del altar cristiano, y el siglo XIII, ese siglo de mí siempre tan querido, como Jerusalem la hermosa para los judíos cautivos y llorosos á la orilla del extranjero río, desapareció entre las fuerzas vivas de la sociedad, perturbada por todos los errores entre las sátiras de los juglares, entre las conquistas de los municipios, entre la política cesarista de los Reyes y con él parte del prestigio del Pontífice Romano sobre las almas y sobre las naciones. Y vino andando el tiempo, la orgía pagana del *Renacimiento clásico*; y resonó despues en medio de la Europa la tempestuosa voz de un fraile apóstata. Y la *Reforma*, digo mal, la *Pseudo Reforma*, enemiga eterna ó irreconciliable de nuestra tradición, de nuestra raza, de nuestros sentimientos, llenaba la conciencia de sombras, el pensamiento de dudas, la historia de horrores indecibles. Pero no hayais cuidado. Augusto Nicolás lo ha dicho: «Las promesas de los cielos se cumplen siempre.» Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

En el transcurso de los siglos, como en la vida de la Iglesia, ha de repetirse siempre la misma historia, la humillación de los soberbios y la exaltación de los humildes.

Por aquellos dias el Pontificado Romano se levanta vigoroso como en los suspirados tiempos de la Edad Media.

Por aquellos dias la idea católica renueva por toda la superficie de la tierra los milagros de los primeros siglos cristianos. La navecilla ha triunfado para siempre.

Escritor racionalista lo ha dicho: «Católico, católico era el tierno poeta español que devolviera su voz á los bosques, su melodía á las auras y á los arroyos, su incienso á las flores, sus églogas vivientes á los campos; católico el jóven pintor, único en los anales humanos, que adivinara en los espejismos de su fantasía la hermosura inmaculada de la Virgen Madre; católico el arquitecto, el dibujante, el escultor milagroso que levantaba hasta el empíreo la rotonda maravillosa de San Pedro; católica la música inmortal que parecía haber encontrado en los abismos de las edades pasadas, los acentos de David, las trovas de Jeremias; católico el pensador eminente que trazase las leyes de las reacciones y de las revoluciones, que mostró el insondable abismo de ódios y de crímenes encerrados en la perversión del sentimiento humano; católico el dulce enamorado de Terrara, que cantaba

*Il arma pietosa, il Capitano
che il gran sepolcro liberó di Cristo.*

Católico todo lo que hay en los siglos XVI y XVII, verdaderamente bello y grandioso.» Y en tanto que vuelve el espíritu á los templos y á los altares de la Edad Media; en tanto que corren los Pontificados memorables de Julio II, el Papa enérgico; de León X, el Papa artista; de Pio V, el Papa Santo, la epopeya católica rinde á la Historia con su grandeza colosal y eterna. Estos, estos dias son tambien los de nuestras glorias legítimas y puras. La palabra que resuena desde la Cátedra de Roma las ha engendrado para admiración del Universo. Dejad, dejad que lo recuerde, pues es un recuerdo muy hermoso para todo corazón español y por tanto católico. Por aquellos dias nuestros tercios caminaban abrumados de victorias, y nuestras naves cubrian la inmensidad de los océanos, y el ideal divino arrebatava el corazón de nuestros místicos, y el ideal de la belleza reverberaba en la fantasía de nuestros poetas, y nuestros misioneros rezaban el *Ave María* en las arenas de los desiertos y por las playas donde el sol nace; y nuestro poder extendíase como nuestra hermosa lengua, «formada

para hablar con Dios,» por los horizontes del Nuevo Mundo; y un soldado español, tomado de la locura del Calvario, organizaba la eternamente simpática Orden de los Jesuitas, y un poeta español, Fernando de Herrera, celebraba la victoria de Lepanto, y Santa Teresa de Jesús, esa monja sublime, invocaba la imitación de Cristo, y Calderón, ese poeta divino, escribió sus dramas verdaderamente teológicos, y la Inquisición robustecía y vigorizaba con su prudencia sapientísima el vínculo que nos ha hecho la nación más ilustre del planeta: el vínculo de la Unidad católica en España.

¿Quereis aun más? Porque nuestras grandezas, por la unidad de creencias, por la eficacia del Pontificado, por la influencia del principio católico, eran ya tan altas, que no oabian, no, en los límites del mundo antiguo, capaces de contener las hazañas de Alejandro y Carlo Magno, un italiano tenido por soñador y visionario en todas las córtes de los Reyes, protegido por monarcas y por religiosos españoles, en carabelas tripuladas por aventureros sin fortuna, acompañado de los hijos preclaros de Santo Domingo, cuyos hábitos agitaba la brisa de los mares no explorados hasta entonces, tremolando en su diestra el pendón victorioso de Castilla, descubre allá el Occéano

«con su manto de vírgen revestido.»

Conquista para la Religión, para la España, para el Pontificado, un nuevo mundo, bautizado con la generosa sangre de los misioneros, que esparcen por aquellas playas lejanas la semilla fecunda de la buena nueva. ¡Oh, señores!... El peso de la epopeya católica es tal, que avasalla y abrumba con su grandeza verdaderamente inconmensurable. Despues de estos siglos vuelve otra vez á repetirse la misma historia. Desgraciadamente la idea racionalista, traída por el Renacimiento y la reforma, llega á invadir el santuario de la conciencia católica, é instituciones nuevas cambian la sociedad, y democracias desenfrenadas sin Dios y sin derecho se imponen por la corriente de los hechos, y la demagogia destrona y encarcela

á los Pontífices augustos. Pero la palabra de Dios permanece para siempre sobre las alteradas olas de los siglos XVIII y XIX flota con curso sosegado la humilde barquichuela de aquel pobre pescador de Galilea. «Inagotable la economía de la Divina Providencia,» ha dicho el hombre de la fé profunda, Donoso Cortés. Inagotable. Porque para estos siglos pavorosos apareció en el cielo de la Iglesia la figura inmortal de Pio IX. ¡Pio IX! ¡Qué recuerdos evoca este nombre tan dulce, tan querido, tan venerado!... Allí, allí lo hemos visto, en la Basílica Vaticana, bendiciendo á las naciones desde su Cátedra infalible. Era un alma purísima, un ángel, un santo, un mártir. Su presencia acallaba las pasiones, sus ojos miraban á todos con el amor de padre, su palabra dulcísima tenia no sé qué mística resonancia de los cielos; todo, todo en él despertaba veneración y cariño. Allí, allí lo vimos, en aquellos instantes, en aquel Calvario de dolores, en aquella hora de amarga y profundísima agonía; allí, cuando la humanidad se alejaba de los altares de la Roma cristiana, cuando el racionalismo apagaba la fé en el pensamiento, cuando la apoteosis de la materia divinizaba la pasión impura, cuando la revolución abría las brechas de la Puerta Pia; vestido con la blanca vestidura, elevados los ojos al Empíreo, murmurando plegarias incesantes, decretando en medio del estampido de la crisis pavorosa el culto de la Virgen Inmaculada, que es el triunfo de la pureza, el dogma de la infalibilidad, que es el triunfo de la verdad, y el culto del corazón santísimo de Jesús, que es el triunfo del verdadero espiritualismo cristiano. Pio IX, que como Cristo pasó toda su vida haciendo bien, como su Maestro sintió también el frío del desencanto, los clavos de la Cruz, la hiel del cáliz, las espinas de la corona y aquella sed de amor, aquel eterno *sitio*, que le llevaba á bendecir hasta sus mismos implacables enemigos. «Pio IX,—ha escrito el ilustre académico Catalina,—Pio IX no ha tenido sino palabras de perdón para unos, palabras de severa verdad para otros y oraciones para todos.» Sin ejércitos que enviar al combate, sin riquezas de que disponer, sin alianzas formidables que le protegieran, solo, anciano, debilitado por los años, más aún, por las amar-

guras del corazón, levantando las manos hácia Aquel, en cuyo nombre gobierna la Iglesia, *non possumus*, dijo á los revolucionarios. «Y los revolucionarios, ébrios de ódio,—como dice un ilustre orador, filósofo, poeta, cuya inteligencia altísima es tan grande como noble y hermoso su corazón, el Sr. D. Alejandro Pidal,—desfilaron por el sombrío cuadro de su historia en aquella fantástica procesión que abre Víctor Manuel, llevando el estandarte revolucionario de la depredación, detrás de Víctor Manuel Garibaldi, vestido de gonfaloniero de la cruz de la casa de Saboya, detrás de Garibaldi Cavour fundiendo la bala de Adspromonte, detrás de Cavour Mazzini afilando el puñal de Passavante. Y á pesar de todo Pio IX, al descender á la tumba ya clareada por los resplandores de su gloria, habia roto las cadenas de la iniquidad y triunfa moralmente de sus encarnizados opresores. ¡Gloria, gloria al Santo Pio IX!...

¡Señor, cuán admirable es tu nombre en toda la redondez del Universo!... Soñaba con la victoria la revolución desenfrenada, y siéntase por aquellos dias en el Sólido del Vaticano el egregio Pontífice León XIII. ¿Pero qué os diré yo de este Papa ilustre, cuya exaltación al trono de San Pedro celebra hoy el Universo católico? ¿Qué os diré que no esté en el pensamiento y en el corazón de todos, como la misteriosa esencia de su esencia. ¡Oh! Mirad, mirad la obra providencial de León XIII. Al eco de su voz, la ciencia vuelve á los principios de la filosofía escolástica; el arte vuela perdido de amores, con alas de luz, por los cielos serenos del espiritualismo cristiano; las Catedrales elevan las caladas agujas de sus torres, y el sonido de sus campanas hasta el arrebol de los espacios; los peregrinos, manchados por el polvo, con el bordón y las conchas, llegan en fervorosa procesión á la puerta secular de los Apóstoles santos, rociada con tantas lágrimas; los misioneros, sin más defensa que la Cruz de Jesucristo, surcan los mares y atraviesan los desiertos, llevando por todos los confines el *Aleluya* de la buena nueva; las naciones, aun las más apartadas de nosotros por su tradición, por sus creencias, envían á Roma embajadas amistosas, y León XIII, presintiendo cerca-

no el día venturoso de la reconciliación y de la justicia, entonces hoy paternalmente, con el amor, con el entusiasmo de un Pontífice de los tiempos medios, la bendición papal, bendición que penetra en todos los pueblos del planeta, hasta en aquellos que se creen más emancipados de la Iglesia católica, en Inglaterra por los irlandeses, en Rusia por los polacos, en Alemania por los bávaros, en América Sajona por los Estados del Sur, en todo el mundo por las antiguas colonias portuguesas y españolas que han sembrado de iglesias el Africa, el Asia, y la América, y han enseñado el símbolo de Nicea, el *Credo in unum Deum*, así á los indios del viejo como á los indios del nuevo continente. ¡Ah, señores! Fecundo en bienes, fecundo sobre toda ponderación el Pontificado de León XIII. Creedlo. Estos, estos son los días de la nueva exaltación del espíritu contra la nueva sensualidad pagana; este el jubileo solemne de los pueblos que gravitan por dinamicidad espiritual en derredor de la Roma sagrada; este el retorno de la humanidad, ya desencantada de todas las utopías, á los altares místicos de la Edad Media.

Parece que el espíritu se ha sepultado bajo la pesada losa del materialismo, que todo lo emponzoña y envenena.

Es verdad. Ningun siglo como nuestro siglo, tan crecido en su estatura material, pero tampoco ningún siglo como nuestro siglo, tan menguado en su estatura moral. El exceso de materialismo nos ahoga. Escritor nada afecto á nuestras ideas lo ha dicho: «Hemos dominado las fuerzas del Universo y no hemos dominado, nó, los impulsos mezquinos de nuestro espíritu. Conocemos la naturaleza de la luz difundida por los espacios, y apenas sabemos nada de esa luz, de ese resplandor celeste difundido por los espacios de nuestra alma.» Lo repito. Parece que está muerto ya el espíritu como en los días últimos de la corroida sociedad pagana.

No hayais cuidado. Por entonces oyóse una voz en el desierto predicando penitencia, y luego, por las ciudades y los campos de la India, predicando las bienaventuranzas. Era aquella la venturosa pascua del alma exaltada hasta los cielos. ¿Por qué, por qué no celebrarla también en nuestros días? La

Religión de oscuros perseguidos nazarenos, el poder de humildes Sacerdotes representantes de Dios sobre la tierra, volverán á renovar los milagros de los primeros siglos de la buena nueva. «Los espíritus malignos no lo entienden,—ha dicho un hombre ilustre,—porque no ven que por la Iglesia, que por su Pontífice pelea un poder superior á las intrigas de los políticos y á la fuerza de los cañones rayados.» Y escrito está: «*Qui habitat in calis irridebit eos, et dominos subsanavit eos.*»

La historia será eterna en bendiciones para el prudente, el sábio, el santo, el ilustre León XIII. Sobre todo nuestra historia. Hace poco nos ha hablado exhortándonos *la unión*, en estos tiempos de división y de discordia, recordando, como recordamos siempre todos, aquellas hermosas y decisivas palabras: «*In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.*»

Y en prenda del inextinguible amor que nos profesa á nosotros, caballeros de la idea cristiana, paladines eternos del Pontificado romano contra turcos, germanos y franceses, apóstoles y soldados del principio católico por los límites del continente antiguo y por las playas del continente nuevo, enemigos perdurables de la herejía desde Arrio hasta Lutero, desde el gnosticismo de los primeros siglos hasta el panteísmo de nuestros dias; en prenda del amor inextinguible que nos profesa á los españoles, iba diciendo, Su Santidad ha enviado para representarle dignamente en la patria de Melchor Cano, de Fray Luis de Granada, de Isabel la Católica, de Santa Teresa de Jesús, al Excmo. Nuncio Monseñor Rampolla. Hermano nuestro es por la religión y por la patria, porque hermanas son tambien las dos penínsulas amadas de la luz y de las flores: Italia, España. Viene el señor Nuncio precedido de reputación merecida y altísima. Su nombre es pronunciado con profundo respeto en todas partes; el Pontífice le honra y le distingue, confiado en sus dotes ya bien probadas de sabiduría y prudencia; la Iglesia le considerará como á una de las figuras más ilustres de la historia contemporánea; nosotros le veneramos como hijos sumisos y obedientes.

No le es desconocida nuestra patria á Monseñor Rampolla.

Tambien en ella, como en la suya hermosa, donde se habla la hermosa lengua en que Dante cantó á Beatriz, jardin florido que ha engendrado á San Francisco, á Santa Clara, á Santo Tomás, á Savonarola, á Miguel Angel, tambien en España, excelsa sobre todas las naciones del planeta cuando era madre fecunda de santos y de héroes, y no madrastra estéril de aventureros sin pudor, de políticos sin conciencia, de sofistas sin sentido comun, de huecos declamadores huérfanos de convicciones y de ideas, encontrará corazones generosos que le amen con el amor que inspira todo lo grande, todo lo noble, todo lo elevado, todo lo santo, todo lo sábio, que en Monseñor Rampolla tiene representación tan bella y acabada, ¡Ah, señores! En estos tiempos en que todas las ilusiones se marchitan, porque tantas defecciones se contemplan, aléjanse los unos de los hermosos altares de la infancia, márchanse los otros de la casa de sus padres como aquel pródigo del Evangelio, y caminan rëndidos y fatigados los más, en busca de no sé qué goces locos y de no sé qué amores imposibles. Entanto dichosos, sí, mil veces dichosos los que conservamos la fé pura, inmaculada, limpia, de nuestros primeros años, *siempre más felices por ser pasados*, la fé que nos enseñaron nuestras madres al pié del florido altar de Mayo, la que empapó nuestras almas en el éter del idealismo, la que reservó la tempestad de las pasiones y poetizó, embelleciéndolo, el amor primero, la que nos sostiene en los combates sin tregua de la vida, la que nos lleva al pié de la Virgen Santa para contarle nuestras penas indecibles y *nuestros locos amores*, la que nos hace desear eternamente

la hermosura de los cielos
y el descanso de la gloria.

¿Qué importa señores, que el mundo invente utopias y delirios? Escrito está. La palabra de Dios permanecerá para siempre. Vanos siempre los esfuerzos de los hombres. Todas las lágrimas de nuestros ojos no empañarán nunca el purísimo azul del firmamento: ni todos los suspiros de nuestros lábios

formarán la más ligera nubecilla en el espacio. Al fin y á la postre, el triunfo ha de ser, como siempre, de la Religión católica. ¡Yo lo presiento, Dios mio! Volverá el espiritualismo del siglo XIII, y con él el prestigio altísimo del Pontificado romano. Volverá, pues, como dice el ilustre Ozanan, «el obrero inmortal trabaja en el silencio; si el mundo se duerme, el Catolicismo vela por él, como el ángel compañero de aquel piadoso artista de la leyenda, que al despertar vió concluido el cuadro interrumpido al crepúsculo de la tarde pasada.» Entonces, cuando el mundo vuelva al Catolicismo, entonces se celebrará la Nueva Pascua del espíritu, y se secarán nuestras lágrimas, y entonaremos cánticos de alegría. Entonces se leerán grabadas en todos los corazones, las palabras hoy esculpidas en frágil mármol,

Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Entonces se cumplirá la hermosa palabra del Evangelista del amor: «Será un solo rebaño y un solo pastor.» Entonces, por último, se reedificarán los muros de Jerusalem y se impondrán sobre el altar holocaustos.

ADOLFO DE SANDOVAL,

Individuo de la Unión Católica,

dia de la Ascensión del Señor.—Toledo, 1883.

MEMORIAL
 DIRIGIDO
AL REY DON FELIPE II
 SOBRE FORMACIÓN DE UNA LIBRERÍA

POR EL DOCTOR
JUAN PAEZ DE CASTRO.

(Conclusión) (1).

SALA PRIMERA.

Quanto al repartimiento, creo que bastarán tres Salas: la primera para Libros; los quales habiendo de ser raros, y puestos por orden de armarios cerrados, aunque sean muchos, ocuparán poco, y estarán seguros: porque esta Libreria ha de ser como un Oráculo, para todo lo que se dudáre. Serán los Libros de mano antiguos, ó bien trasladados en todas las quatro lenguas principales: y si algunos se pusieren estampados, procurarse ha que estén corregidos, y cotejados con buenos Libros de mano. Ponerse ha la Sagrada Escritura en sus lenguas originales; y con las Traducciones de los Setenta, y de San Geronimo, y otros aprobados.

Los Doctores Sagrados Griegos y Latinos escritos antes que en Grecia, ni Alemania los comenzassen á corromper: con muchas mas cosas de Origenes, Chrysostomo, Cyrilo, de los dos Gregorios, de Basilio, y Theophilato, y de los otros, que agora se tiene comunmente. Lo mismo se hará en los Doctores Latinos, que no tienen menos necesidad, aunque parece que no les falta nada. Pondránse los Concilios todos, assi Univer-

(1) Véase el número 8.º, volúmen V.

sales, como Provinciales, con toda la historia, que passó en las celebraciones, en sus lenguas originales; de lo qual está muy poco publicado con la diligencia que conviene; siendo parte muy necesaria para el gobierno del mundo.

Esto mismo se hará en derechos, que se pondrán los textos muy enmendados, assi en Leyes, como en Canones; y algunos Doctores antiguos, y principales; y las Ordenanzas de diversos Reynos y Señoríos que trahen grande utilidad, quando se tratan cosas semejantes; como se vé por Aristoteles, que juntó las Leyes de muchas Republicas con este proposito. Los Medicos tendrán sus Doctores mas enmendados, y mas cumplidos, que hasta agora; y muchos Libros de Galeno, Aecio, Paulo, y Oribasio, y otros, que no se han visto impresos.

Todas las partes de Philosophia se hallarán bastantemente hasta las historias de cosas particulares, que no es menester especificar agora, dando pesadumbre á V. M. Basta que en esta Libreria no havrá cosa sin misterio; ni se tendrá tanta atencion al numero, como á la substancia, de manera, que sean mas propiamente thesoros, que Libros, como dice Plinio. El ornamento de esta primera Sala serán retratos de Santos Doctores Theologos, sacados al propio tiempo de Retablos antiguos de Roma, y de pinturas Griegas; y juntamente de los otros Sabios principales, conforme á las estatuas antiguas, y medallas, y á lo que de ellos y de sus facciones se escribe en sus vidas. Y porque cada Sala es menester que tenga una pintura principal, que le pueda dar nombre, pareceme que en esta primera no se puede poner cosa mas á proposito que Christo N. S. quando enseñaba á los Doctores en el Templo, siendo niño, que mostrará, como de él procede todo lo que hay bueno en aquellos Libros: y que la niñez religiosa alcanza más que los muy letrados.

SALA SEGUNDA.

En la segunda Sala se pondrá lo siguiente: Cartas universales de marear, y Cosmographia de todo lo que hasta oy se sabe del mundo, hechas con mucha diligencia; en las quales es-

tén señaladas las particiones con los Reyes vecinos, y sus demarcaciones, y derrotas para todo lo descubierto. Principalmente se hará una de las Indias Occidentales muy grande, á imitacion de la Tabla de la Europa, que está en el Palacio de San Marcos en Roma, que labró el Papa Paulo Segundo. Globos de diversas grandezas, con sus aparejos, assi para el cielo, como para la tierra. Cartas de Provincias particulares con toda certidumbre, assi de estas partes, como de las Indias. Pinturas de ciudades muy famosas, bien sacadas, no solamente de Europa, sino de lo que se sabe del Universo. Muchos instrumentos bien labrados, y muy ciertos de Astrología y otras Mathematicas. Reloxes de gran invencion, y sutileza, assi en las manos, como en el uso, y provecho. Espejos de extraños efectos: que es una principal parte de Prospectiva, y sirven para muchas cosas. Modélos de ingenios, y máquinas que cada dia se inventan para las guerras; como puentes para rios, y fuegos artificiales, Arboles de Genealogía en forma grande de los Reyes de España Vuestros Antecessores; y de otros Reynos, que se han juntado por sangre; algunas antiguallas principales, que suelen tenerse en mucho.

Cosas naturales maravillosas; como partes de animales extraños, y peces, y árboles hechos piedra, y lo demás, que Augusto solia tener en su Estudio, como diximos. Vasos y urnas antiguos de Griegos y Romanos; que tambien se pueden contar por antiguallas. Arboles y yerbas, y frutas hechas de metal, y dadas sus colores al proprio. De cosas muy peregrinas que no causarán menor admiracion, que todo lo otro. Assi leemos, que Pompeyo traxo en su triunfo el árbol del bálsamo. Y Vespasiano en el triunfo de Jerusalém la mostró al Pueblo Romano por gran maravilla. A Nerón le embiaron un solo tallo que se halló en Africa, que llamaban Laserpicio, como presente digno de tan gran Principe. Muchos Reyes de Persia, y aun de las Indias, por muy bárbaros que eran, tenian árboles, y yerbas de oro. Quién no holgaría ver el árbol de la canela y su flor, y fruto, y los árboles de clavos, y otras especias, y de frutas extrañas?

Bien sé, S. M., que las más de estas cosas parecerán muy

menudas, y de poca sustancia á muchos, que no tienen habituado el entendimiento á la contemplacion, ni saben el deleyte, y provecho que causan; y por esto no serán capaces de la respuesta. Pero debriales bastar, que muy grandes y sabios Príncipes ataviaron sus Librerias de esta manera, como al principio diximos.

En esta segunda Sala, allende de los retratos de Vuestros Antecessores, y de otros Príncipes, que merezcan estar allí, se pondrá el de Archimedes, defendiendo á Zaragoza de Sicilia, contra Marcelo, Capitan Romano, con muchas máchinas, y espejos de fuego: y el de Ptolomeo, pintando el mundo: y el de Aristóteles componiendo los Libros de Animales, con muchos Cazadores, y Pescadores delante, que por mandado de Alexandro le traían diversas cosas, que considerar; y mas lo que en estos Libros gastó aquel valeroso Príncipe, que fueron ochenta talentos de oro; y los retratos de Hernando Cortés, Christoval Colon, y Magallanes, con el descubrimiento, y cosas del Nuevo Mundo; y los que mas mereciessen esta honra. Por pintura principal, que pueda dar nombre á esta segunda Sala, será la Creacion del Mundo, con la particularidad de cada uno de los seis dias para que se vea la Sabiduría Divina y su gran poder; y no nos espanten estas cosas tan maravillosas, viendo de donde proceden.

SALA TERCERA.

La tercera Sala será como Archivo, y parte más secreta, en la qual se pondrán las cosas, que tocan al estado, y gobierno, de esta manera. Las concessiones que los Santos Padres de Roma han dado á los Reyes de España, assi de sus Patronazgos Reales, como de las Rentas, que tienen Eclesiásticas. Las Letras Decretales de los Concilios autenticadas, en que les cometen la execucion de lo determinado. Las Escrituras de Concordias sobre particiones de términos entre conquistas diversas con los Reyes vecinos. Los pactos dotales en casamientos de Príncipes, para que estén claras las condiciones, y derechos de la sucession. Las mercedes hechas

á Grandes, y las causas por qué; y las condiciones, y obligaciones. Los Testamentos de los Reyes Vuestros Antecesores, con el cumplimiento de ellos: que responde á la primera parte de los tres Libros que dixe de Augusto. Las dotaciones de Iglesias, y Monesterios, y de otras memorias del Patrimonio Real, con las cosas á que son obligados. Los tributos ordinarios, y Masas de España, con la suma de lo que montan, y cómo se cobran: que corresponde á otra parte de los Libros de Augusto. Los gastos ordinarios de la Casa Real antiguos; con mas la gente de guarniciones en fuerzas y fronteras, hasta lo que agora hay: que responderá á otra parte de los Libros de Augusto: y se podrá añadir, como segunda milicia, los oficios de Justicia, con sus precedencias entre ellos muy claras, y distintas: que es cosa importante. Las confederaciones con Reyes, assi Infieles, como Christianos; con los feudos, que dependen de la Corona de España: lo qual respondera al Libro que Vespasiano llamó Instrumento del Imperio, como está dicho. Con esto se pueden juntar los Libros de Leyes, y Fueros de España, y su Corona; las quales sean antiguas, y verdaderamente escritas, para quando fuese necesario averiguar alguna duda.

Los repartimientos de las Indias, y las condiciones con que se dieron, con todo lo que mas se ordenáre. Los Comentarios, que Vuestros Antecessores escribieron de sus cosas; y los que V. M. escribirá, andando el tiempo, con las causas particulares de cada una de sus empresas, y de otros negocios de importancia. Las Relaciones, que los Ministros embian, assi de estas partes de Europa, por donde se extiende el Imperio de V. M. como de las Indias donde havrá cuenta de las nuevas conquistas, y levantamientos de tyranos, y sus castigos, y otros acontecimientos de importancia al Estado, ó de consideracion. Otras cosas havrá, que se podrán poner en qualquiera de estas tres Salas, las quales añadirá quien tuviere mayor experiencia, y mejor habilidad. Yo he puesto estas, que se me ofrecieron por via de exemplo.

En esta tercera Sala podrán estar retratos antiguos. Julio Cesar tratando de aquellas grandes cosas, que havia co-

menzado á hacer, assi de enmendar los gastos demasiados en comer, y vestir, como en las Librerías, que mandaba ordenar á Marco Varron. Augusto Cesar con los tres Libros, que dexaba escritos al tiempo de su muerte. Vespasiano con el Libro que hizo del Imperio Romano, como diximos. Estará sobre todo la Magestad Cesarea, haciendo la mayor cosa, que jamás se hizo, entregando á V. M. todos sus Reynos, y Señoríos, passando el cargo, y cuidado de todo á V. M. Para nombre de esta Sala última se pintará la Parábola de de aquel Varon ilustre, de quien dice el Evangelio, que estando para hacer una muy larga jornada, llamó á sus principales criados, y los repartió su hacienda, entregando á cada uno aquellos talentos, y encomendandoles, que negociassen muy bien, mientras él tornaba; y despues la cuenta que les toma, quando viene á juicio. Quanto convenga esta pintura, á lo que en esta Sala estará, mejor se entienda, que yo sabré declarar.

PARTE ULTIMA.

Resta tratar la quarta, y última parte, que es dár la orden cómo estas cosas se junten con la más facilidad, que se pueda y assi procederé proveyendo cada Sala particularmente por la orden que he dicho.

SALA PRIMERA.

Quanto á lo que toca á la primer Sala, que son los Libros: tres Plazas principales hay en Italia, de donde han salido muchas Librerías, assi la del Rey de Francia, como de otros: que son Roma, Venecia y Florencia. De Levante se traerán muy buenos Libros, como se extenderá la fama, que V. M. R. atiende á cosa tan ilustre; y se juntarán Libros muy escogidos en poco tiempo. En los Reinos de Sicilia, y Calabria hay muchas Abadías, y Monesterios, que tienen co-

pia grande de Libros Griegos, y no se aprovechan de ellos; antes se pierden por mal tratamiento, y se roban de personas particulares. Yo vi, estando en Roma, que los mismos Abades, y Archimandritas trahian muchos Libros á presentar á Cardenales, y otros á vender; y sé que muchos están á las goteras, perdiendose cada dia mas. En esta Corte está Juan Ossorio de Sylva, que sabe tambien lo que en esto passa. De manera, que se hacen dos grandes daños: el uno, perderse estos Libros, que harian gran provecho, donde fuessen entendidos: el otro que los Frayles no tienen que leer, porque no los entienden, como los entendian quando alli se pusieron. Con Provisiones de V. M. para los Ministros se podrian tomar, y pagarles lo que valen, con Libros Latinos estampados. Quanto mas que tienen muchos doblados, y bastaria dexar el uno, pareciendo, que cumple; y assi se cobrarian muchos de los perdidos, y dados.

Muchos harán presentes de Libros á V. M. que pensarán recibir merced, en que V. M. los acepte. Muchos mandarán sus Libros principales á esta Libreria, y se hará memoria de ellos, en recompensa del beneficio. Muchos compondrán Libros, que pensarán, y no sin razon, que no han trabajado mal, si se reciben sus invenciones en esta Libreria, como antiguamente en la que Augusto hizo en el Templo de Apolo.

SALA SEGUNDA.

Quanto á la segunda Sala, se proveerá de esta manera. Darse ha orden á los Cosmographos de V. M. que atiendan á labrar las Cartas, que les fueren demandadas; los quales tambien harán los globos grandes; y de estos estados se comprará gran parte. Los Ministros de estas partes, y de las Indias embiarán cosas muy raras; y por las navegaciones de Portugal se juntarán otras muchas. Las antiguallas se llevarán de Italia, y Sicilia; y en España se suelen hallar sin peligro que sean contrahechas. Las pinturas, que hovieren de estar hechas en los muros, y techumbre, en España havrá quien las

haga, dandoles la invencion, ó se llevarán Maestros de estas partes, y de Italia.

Los retratos se llevarán de estos Estados, porque hay las imagines de muchos Príncipes Vuestros Antecessores, bien antiguas, y otros se harán en Italia. Los instrumentos y modelos se proveerán de estas y otras partes con gran facilidad. Quanto mas, que las mas de estas cosas se presentarán á V. M. y serán tantas, que no se recibirán todas.

SALA TERCERA.

Quanto á las cosas de la tercera Sala, yo creo que deben ya estar todas juntas: parte en los Archivos, y Recamaras de V. M. y parte en poder de los Secretarios de V. M. y de los Consejos, y Chancillerías: y se puede tener atencion á suplir lo que faltare por via que se entiende, mejor que aqui se puede tratar.

No pienso, Sacratissimo Rey, y Señor nuestro, que hay ninguno tan barbaro, y enemigo de las letras, invenciones, y ingenios humanos, que no le pareciesse bien un edificio labrado, como tengo dicho, y aderezado de tales ornamentos. Quién no juzgaria por hombre de mas razon al que tuviesse cercada su camara de las memorias, que dexaron aquellos entendimientos, que mostraron el valor de nuestro animo, si es exercitado; y son tan gentiles Cortesanos, que nunca hablan si no son preguntados; y respondiendo, luego aciertan, como si hablassen con acuerdo: que al que durmiesse cercado de thesoros, como los Reyes de los Persas? Estos tenian su camara donde dormian, cercada de esta manera de otras recamaras. A la cabezera una, que llamaban la almohada del Rey, en que siempre havia cinco mil talentos de oro, que eran mas de treinta millones: á los pies otra, que llamaban el estrado del Rey, con tres mil talentos de plata, que serian mas de quince millones: y dentro de su camara una vid de oro, que juzgando por el lugar, valdria mas que la almohada; y seria como la camara del Rey. Cosa verdaderamente barbara, y sin recreacion ninguna del entendimiento, ni aun del

cuerpo, si ellos de veras durmieran en tales colchones, y almohadas. Bien mostraban su barbarie en las costumbres, haciéndose adorar, y casándose con sus madres, y otras cosas de esta suerte. Y bien mostraron, quan mal aderezados estaban de la sabiduría, con que se ganan, y defienden las riquezas, pues tan torpemente las perdieron. Calígula, Emperador Romano, que se volcaba sobre el montón de ducados; y por otra parte gastaba bestialmente, cenándose más de cien mil ducados, y pesándole que no podía hallar cómo gastar en una cena el tributo, que tres provincias pagaban en un año, como dice Seneca: bien mostró al mundo, quién era, y cuán desatinado tenía el entendimiento. Otros darán el modo de labrar atarazanas, y casas de armas, como dixé al principio: yo ofrezco á V. M. cómo se aderece la Sala de los entendimientos, con los quales se han de gobernar las armas, y lo que con ellas se defendiera, ó acrecentára. He mostrado quan grandes Príncipes hicieron semejantes gastos; y la honra y provecho, que causará en los Reinos de V. M. R. y la facilidad con que se podrá hacer, habiendo personas de buen gusto para que no junten carbones, pensando que son thesoros; lo qual podría acontecer facilmente, por el engaño, que se hace, quando un Príncipe tan poderoso emprende cosa semejante, como tenemos exemplo, que aconteció á los Reyes de Alexandria y Pergamo, que tengo dicho: porque en su tiempo se corrompieron los titulos de muchos Libros, para venderlos muy caros. Assi que todo esto he mostrado con la mayor brevedad que he podido; aunque todavía creció la escritura más de lo que yo pensaba. Si yo fuere bueno para en alguna parte de estas, tendré por bienaventuranza servir á tan glorioso Príncipe en cosa tan ilustre; y si no tuviere tantas partes, y letras como Zenodoto, Apolonio y Eratosthenes, que sirvieron á los Reyes Ptolomeos en juntar aquella Libreria; ó como Varron y Pompeyo Macro, que ayudaron á los Cesares Romanos; á lo menos no me faltará la voluntad y diligencia tan cumplida, como ellos pudieron tener, como leal vassallo y criado. Principalmente que la gloria no será menor en servir á V. M. que á qualquiera de aquellos Príncipes; antes muy mayor; pues mu-

chos de ellos fueron inferiores en todo, y si algunos se pueden comparar con V. M. en grandeza de Imperio, no podrán competir en Religion, ni en valor y bondad de ánimo. Y junto con esto me es necesario peregrinar por algunas partes, para proveerme de algunas cosas, para la historia de la Magestad Cesarea, pues con las mercedes que he recibido, me bastarán para todo, y servirá para començar la de V. M. R. que plega á Dios sea felicissima con muy grandes victorias y acrecentamientos de Reynos cumpliendose en V. M. la bendicion de Vuestro Invictissimo Padre, de la fortaleza de David y sabiduría de Salomon; para que de todo resulte paz perpetua en la tierra y gloria á Dios en los Cielos.

JUAN CATALINA GARCÍA.

LOS PARÁSITOS.

CAPÍTULO VIII.

ACUSACIÓN FISCAL.

—Mira, Juan Antonio—empezó Indalecio pausadamente despues de recogerse un rato, espianando al mismo tiempo en su primo alguna señal de emoción ó enternecimiento que el avisado periodista no tuvo á bien demostrar en su inalterable fisonomía—Dios me es testigo, bien lo sabes tú, de que no ha habido hombre alguno en el mundo, incluso mi padre que esté en gloria ¡Dios me lo perdone! á quien haya yo querido más que á tí. A él le quería mucho ¡sí, señor! mucho, pobre padre de mi alma; pero, vamos, tal vez no tanto como él se merecía, sobre todo si entramos en comparaciones con lo que tú vales.

—¡Indalecio!—exclamó Juan Antonio vivamente y con nada amigable acento por ver si lograba imponerse por el terror á aquel aluvión de acusaciones y de cargos que por secreto instinto comprendía que iban á llover sobre su persona,—ten mucho cuidado con lo que vas á decir y procura no hacerme olvidar de que eres mi primo y de que estás en mi casa.

—¡En tu casa, en tu casa!—exclamó Indalecio nada intimidado y antes bien más enardecido por el tono y actitud de Juan Antonio—¡en tu casa! ¿te he preguntado yo nunca cuando estabas en la mía si era tuya, ó mia, ó de mi padre para hacer lo que tú pedías, para obedecerte como un cordero y para servirte como un criado? Oyeme tú ahora, que despues de todo, nada vengo á pedirte, y óyeme con paciencia aunque estés *en tu casa*. Me parece que es lo ménos que puedes hacer por mí despues de lo que *has hecho*.

—Pues habla lo que quieras—respondió Juan Antonio con aire indiferente y como si cambiase de táctica—habla lo que quieras, que yo no he de tener el mal gusto de replicarte.

—Y harás bien,—siguió diciendo su primo siempre en voz baja, pero con un acento en que se retrataba una resolución inalterable de no abandonar lo que justamente creia su derecho ni ante las amenazas ni ante las frialdades y desdenes del travieso diputado—¡qué has de replicar tú á lo que yo diga! Ojalá pudieras hacerlo: ¡vaya si daría yo cualquier cosa buena porque así lo hicieses! ¡vaya si me alegraría yo si saliese de aquí convencido, triturado y arrepentido despues de oir tus descargos y tus explicaciones! Cualquier cosa ¿lo oyes? cualquier cosa que me pidieras, por grande y difícil que fuera, la tendrías enseguida en la mano si aquí, ahora mismo, sin salir de este cuarto me cogieras, como en otros tiempos, por los cabezones y me dijese con aquella voz imperiosa, pero franca y leal (á mí al ménos así me sonaba la tuya cuando aun no te habia conocido *por dentro*), porque tú me dijese, acompañando tus palabras con un pechugon ó un pellizco, «¡anda, hombre, no seas bárbaro!» ó bien: «¡cabeza de melón, quieres no pensar tonterías!» ó simplemente: «¡véte á paseo, grandísimo alcorcho, la culpa tiene quien se mete á disculparse con un majadero de tu calibre!...» ¡pero cá, ya se pasaron aquellos dias para no volver nunca! Yo no sé si tú has sido nunca jóven; ahora que te conozco á fondo empiezo á dudarlo muy en sério; pero por lo que á mí toca; desde hace poco tiempo me he vuelto viejo y á perro viejo... No: hoy no me fiaría de media palabra tuya, como entonces: ¡qué digo palabra!... un gesto tuyo me bastaba para darme por convencido... pero hoy necesitaría pruebas, y lo que es pruebas... por mucho talento y mucha malicia y mucha facundia que tú tengas, no has de dárme las.

—Aunque pudiera, no querria; podias creer que se habian trocado los papeles, y que despues de haberte tenido en un puño, empezaba á tenerte miedo—replicó Juan Antonio intentando otra vez, aunque sin éxito, el método de la intimidación.

—¡Qué has de poder, hombre, que has de poder! ¿Crees que antes de venir á buscarte y de decidirme á hablar claro no he estado yo buscándolas con más cuidado, con más empeño, ¡sí señor! con mayor diligencia que si se tratase de no ir yo á presidio ó á la horca? ¡Pero sí, buenas y gordas! Cuanto más buscaba yo las tales pruebas ménos parecían, y cuanto más empeño mostraba en verte blanco como el ampo de la nieve, te veía negro, más negro que la tinta que esa maldecida tinta, que no parece sino que se ha inventado para mancharlo, oscurecerlo y revolverlo todo. ¡Sin embargo, te hubiera sido tan fácil.... tan fácil dejarme contento y satisfecho y convencido! ¿Te pedía yo algo, dime, te pedía yo algo que no pudieras darme sin gran esfuerzo? En resumidas cuentas, ¿te habíamos puesto ni mi pobre padre ni yo ninguna condición muy difícil de cumplir? ¿Qué te hacía falta? ¿Nuestro nombre? Tuyo era, y tuya nuestra fama y nuestras relaciones y nuestra hacienda..... tuyas tambien nuestras antipatías ó agravios personales. A nosotros y no á tí nos habian ofendido y humillado los Palominos, y no á tí sino á nosotros nos tocaba perdonarlos; ¡y vaya si los hubiésemos perdonado! ¡cómo nó, si mi padre que esté en el Cielo los perdonó á la hora de su muerte, y bien seguro estoy de que tambien en vida hacía ya mucho, pero mucho tiempo que habia borrado en su libro de caja, y en su hermosísimo corazón esta negra partida Por poco que hubieras hecho ó dicho, sin más que hablarnos claro, como nosotros te hablábamos siempre, con el corazón en la mano, nos hubiérais visto á mi pobre padre y á mí, y ¿qué digo? hasta á la señora Prisca, ir cogidos de la mano y atravesar la plaza de punta á punta para ir á buscar á Juan Palomino, ó á su hermano ó á su mismo tío y pedirles perdón si era menester, á trueque de que te dieran esos maldecidos votos que te hacian falta.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIER S.

A MENENDEZ PELAYO,

CON MOTIVO DE SU ÚLTIMO DISCURSO ACADÉMICO.

Brota á raudales de la roca dura
 El manantial, y en su velóz carrera
 El hondo valle alegre y la pradera,
 Vistiéndolos de pompa y galanura.
 Así, mi dulce amigo, la luz pura
 De tu ingenio, imágen verdadera
 Del alto sol, que inmóvil en su esfera,
 Rayos vierte de nítida hermosura,
 Todo lo magnífica y embellece:
 Gozosa alumbra tu inmortal destino
 Y eternamente bella resplandece.
 Torne á brillar tu acento peregrino,
 Y en viva llama que jamás perece,
 Al cielo se alce, que del cielo vino.

M. GARCÍA ROMERO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

La relación de los sucesos de esta regocijada quincena que hoy concluye pertenecería de derecho á los cronistas de salones, si el escritor político no tuviera también mucho que advertir y comentar, si no en el aparato externo y puramente artístico de los festejos públicos, por lo menos en su ordenación oficial y en el modo y forma con que intervienen en la vida del país, ya modificándola profundamente, ya adaptándose con rigurosa exactitud al genio castizo y peculiar del pueblo en que se realizan.

Por fortuna, en el nuestro, con notable injusticia motejado de grave, serio y espetado, no hay motivo de que los regocijos públicos, sea cual fuere la ocasión y el motivo con que se ofrezcan á la muchedumbre, engendren en el público género alguno de desvío ni produzcan esas frialdades y protestas con que en otros países suele en ocasiones manifestar la opinión su divorcio, más ó menos profundo, con los actos de los poderes oficiales.

En las fiestas ofrecidas por la corte, por el Gobierno y por algunas, aunque pocas Corporaciones, á los Monarcas lusitanos, el pueblo de Madrid, ó lo que es lo mismo, el pueblo español, no se ha detenido á considerar, como algunos periódicos han pretendido hacerlo creer, ni el aspecto político ó internacional de estos festejos, ni el gravámen que en tiempo, en actividad ó en dinero pudieran significar para nuestro exhausto Tesoro, ni siquiera la reciprocidad de simpatías que fuera fácil engendrarse esta comunicación íntima y al parecer cordial con nuestros honrados vecinos. Se trataba de fiestas, y el madrileño las ha aceptado con agradecimiento, consagrándose á ellas con verdadero entusiasmo.

Durante estos días, la animación de Madrid, ese bullicio constante, y al parecer atareado, de nuestra ociosa capital, ha subido de punto, multiplicándose por los cien factores que los alardes militares, los bailes y las recepciones palaciegas, las corridas de toros y caballos, las ascensiones en globo, las aperturas de certámenes agrícolas, artísticos ó industriales, han ofrecido á la curiosidad ó al desvanecimiento público.

No sólo en los centros políticos ó administrativos, sino hasta en las modestas esferas de la vida privada (si es que la vida privada existe todavía en nuestras costumbres) la venida de los Reyes de Portugal ha interrumpido el curso natural de los negocios, llenando el hueco que esta suspensión ha labrado en nuestras costumbres con el vertiginoso torbellino de las diversiones.

Los más perspicaces ingenios, y los corazones más dúctiles y acomodaticios se han resentido en esta semana de esa fatiga que necesariamente acompaña á toda emoción placentera por dulce y halagüeña que parezca.

Si el ver y el observar y el inquirir representa un considerable trabajo, no es menos fatigoso el que resulta de la tarea, durante una semana no interrumpida, de enseñar, de exponer y de hacer lo que en términos de buena sociedad se llama *los honores de la casa*.

La nuestra, gracias á Dios, no es tan mala que no valga la pena de ser vista, y si los que la ven son extranjeros, y por lo tanto no tienen ni los datos ni el interés suficiente para examinar sus interioridades, no es dudoso que ha de parecerles excelente.

Por otra parte, una de las cualidades más características de nuestra raza que el espíritu democrático lentamente destilado en el alambique de tres revoluciones no ha conseguido todavía desterrar de nuestro suelo, es la hospitalidad franca y desinteresada y ese tradicional respeto á todo extranjero de cualquier país y de cualquier lengua que se confía á nosotros con generoso espíritu.

No somos de los que damos á la unidad de raza esa fuerza impulsiva y simpática de que á veces contra su voluntad y contra su historia quieren dotar á las que son gemelas por su origen ciertos escritores *sensibles*, que no ven ó aparentan no ver en el mal llamado *principio* de las nacionalidades lo que la fuerza, la intriga ó la pasión política, han hecho en obsequio de esa unidad, más aparente que efectiva, y por lo tanto no creemos que el pueblo español, ni el portugués, se sientan hoy mutuamente atraídos por esas misteriosas corrientes de simpatía nacional que no es fácil crear en poco tiempo cuando representan una contradicción en el carácter tradicional de cada pueblo.

Cierto que hoy nadie sueña en conquistas ni en anexiones; pero los intereses políticos y coloniales de cada país crean á veces antagonismos invencibles, y explican las más inverosímiles alianzas.

Falta Europa de un principio superior que presida las relaciones de los pueblos y de un poder moral que las regule, la ley de razas es acaso la ménos, á propósito para asentar sobre bases sólidas la paz universal, y así hemos visto, á la par que la alianza de Prusia é Italia, y la rivalidad entre Italia y Francia, la lucha eterna que en el terreno mercantil se libra entre Inglaterra y las que fueron sus posesiones en América, la lucha separatista en Cuba, y la asoladora y fratricida guerra entre las repúblicas de Chile y el Perú, que sólo logran ponerse de acuerdo cuando se trata de insultar á España, su madre comun.

Con tales antecedentes á la vista, no acertamos á explicarnos la niñería pudibunda de algunos periódicos cuando tratan, por decirlo así, de curarse en salud á los ojos de los portugueses, hoy nuestros huéspedes, del imaginario pecado de iberismo:

¡Como si esto del iberismo por receta no fuese ya una especie tan desacreditada en Portugal como en España, y como si la parte política, si alguna tiene, del viaje de los Soberanos de ambos países, pudiera ni remotamente tener el alcance ni la intención que algunos optimistas suponen!

No deja, sin embargo, de ser algo ofensivo para nuestro amor propio ese continuo perdón que parece estamos pidiendo á nuestros vecinos por los obsequios que les dispensamos, en justa correspondencia á los que á su vez nos tributaron. Hay ciertas cosas de las que no basta excusarse para que no se adivinen, y una vez adivinadas, ofendan. Lo mejor que con ellas puede hacerse es no nombrarlas, y este prudente y patriótico silencio, evita toda ocasión y aún todo pretexto de disculpa.

De todas suertes no puede censurarse en absoluto el empeño mostrado por el Gobierno que preside el Sr. Sagasta, de estrechar por medio de frecuentes relaciones internacionales los vínculos de amistad con el vecino reino.

No debe nunca olvidarse España que en ese país hay una numerosa y honradísima colonia española, que en él se comprende como el patrio

idioma la hermosa lengua de Cervantes, que las comarcas limítrofes á nuestra frontera nos ofrecen abundante mercado para algunos de nuestros productos, y que sus puertos son constantemente visitados por nuestros navegantes y marinos.

Si no la Unión aduanera ó una especie de Zollverein ibérico, que alguno de sus estadistas no rechaza en absoluto, por lo ménos tratados de comercio, en los que no sería difícil armonizar los intereses de ambas naciones; un tratado de propiedad literaria que sujetase á las mismas condiciones en cada país á los respectivos escritores, y el establecimiento de un derecho mútuo de extradición de criminales por todo género de delitos, facilitarían, más que poéticos ensueños de alianzas diplomáticas, la verdadera unión de dos pueblos que tantos y tan poderosos vínculos ligan entre sí, y que por una fatalidad meramente histórica se han obstinado en vivir, si no como enemigos, como extraños.

Pero todo esto no es obra de un día, y no basta considerarlo al calor de los recientes regocijos, como materia de brindis diplomático ó hervor pasajero de una sobremesa, sino que debe ser meditado con frialdad reposada en el manejo de los negocios públicos y en la marcha de nuestra política exterior, poniendo, sobre todo, especialísimo cuidado en que la política de partido no intervenga para nada ni en la realización ni en el proceso, ni siquiera en el exámen de estas grandes cuestiones internacionales en que todos los españoles, sin distinción de partidos, estamos por igual interesados.

Aplicando, como es muy fácil en estos días de lusitanismo en que vivimos, una frase portuguesa á un señalado acontecimiento, bien podemos decir que con su visita oficial al Real Palacio, el Sr. Márτος ha perdonado la vida á la monarquía.

El tumulto de las fiestas y el extraordinario aumento de trabajo que han impuesto á los periodistas han hecho desmerecer su importancia á este acto solemne que pone, por decirlo así, el sello á las honestidades del elocuente demócrata, y á los triunfos obtenidos en el campo de la izquierda liberal por la incansable fortuna del Sr. Sagasta.

Discutir la importancia y el prestigio del antiguo Ministro de Don Amadeo dentro de su partido, es trabajo á que sólo pueden dedicarse, como alivio á sus defraudadas esperanzas, los políticos de la izquierda. Para todo aquel que no haya establecido sus tiendas en este campo atrincherado, el Sr. Márτος representa uno de los elementos más característicos y uno de los factores más valiosos de la democracia.

Pero sucede con el diputado por Valencia, convertido en monárquico, lo que con toda cantidad heterogénea que, al ir á sumarse con otras, no añaden valor alguno al producto.

Sea esto dicho sin agravio de esa especial aritmética parda, que ahora está de moda y que se ejercita en perjuicio de la moral política y de lo que en otros tiempos se llamaba conciencia, decoro y dignidad, y otras virtudes prehistóricas en la socorrida operación de echar cuentas galanas.

¡Cuánto se habla de lo importante que puede ser para las instituciones más ó ménos fundamentales, *ganar elementos* de lo útil y sano, que es para las mismas no estacionarse en determinados sistemas, y de lo higiénico de un plan curativo, que consiste en vivir á todos los vientos de la opinión y á todos los soles de la política! Para los que tienen esa idea de la Monarquía, cada paso en semejante camino es un nuevo triunfo, y cada adquisición, como la del Sr. Márτος, una nueva ganga.

No tenemos la misión de desengañarlos. El tiempo ha de desempeñar esta tarea mejor que nosotros, encargándose de demostrar que estas vic-

torias parciales y al parecer brillantes, pueden conducir mejor que derrotas aisladas á la pérdida definitiva de la campaña.

Y no hay que responder que contra semejantes augurios protesta de un modo elocuente la conducta del ministro de Gracia y Justicia, porque, prescindiendo de que la sola presencia del Sr. Romero Girón, al frente de su departamento, es ya una esperanza viva de toda reforma en sentido democrático; prescindiendo de que el proyecto de Jurado, por ejemplo, no se habría convertido en ley á no haber entrado la democracia por la puerta falsa de la fusión á despecho de alguno de los más importantes jefes del centralismo, los amigos políticos del ministro, sin exceptuar al mismo Sr. Martos, distan mucho de aprobar semejante conducta y exigen, con imperiosa altivez, á su apoderado, el cumplimiento de las promesas hechas al partido cuando entró en el poder, echándole en cara como crímenes de lesa consecuencia, no su participación en el asunto de Monasterio ni la escasa popularidad que conquistó en los debates, que fueron su natural complemento, sino sus complacencias en el asunto de los seminaristas, y más que nada, la facilidad con que aceptó la disposición transitoria de la ley del Jurado que, á juicio de los demócratas, anula aquella institución, órgano importante en materia de Administración de justicia de la soberanía nacional.

Así, según informes que *El Imparcial* tiene por fidedignos, se lo ha hecho saber en una carta conminatoria el Sr. Martos, y por más que *El Día*, que también se dice autorizado, y *La Correspondencia*, que por razón de su oficio lo está siempre, hayan coincidido en desmentirlo, nosotros lo tenemos por seguro, no sólo por ser verosímil, sino por parecernos punto ménos que evidente, dada la naturaleza de los personajes que intervienen en el asunto.

El Sr. Martos no ha de resignarse para siempre con el papel de mentor que le ha cabido en suerte; en una ú otra forma tiene necesariamente que intervenir en la gestión de los negocios, y la más natural de todas es la que consiste en decir al Sr. Romero Girón que no interprete genuinamente los sentimientos y el espíritu de la democracia española.

Lo cual no impide que si dando un paso más en el camino de *conquistar* elementos, la situación gobernante llamase al poder al mismo señor Martos, este encontrase á su vez, después de haber hecho algún nuevo pinito en el camino de las reformas, quien le dijese que tampoco él era legítimo y genuino representante de la *verdadera democracia*.

Inútil parece advertir, visto lo caluroso de la estación, la escasa concurrencia de diputados á las sesiones del Congreso y el lujo de fiestas públicas y privadas que por todas partes y á todas horas dan empleo á la actividad de los políticos, que se están discutiendo los presupuestos generales del Estado.

Pocos españoles saben que entre todos, chicos y grandes, ricos y pobres, tienen que satisfacer á la Hacienda la respetable cantidad de 800.000.000 de pesetas (números redondos) y si alguno lo sabe se le da poco más de un ardite de averiguar el cómo y el cuándo han de pagar esos millones, el por qué de su cobranza y el sitio de dónde han de sacárselos.

Y sin embargo la operación cruenta se verifica todos los años con idéntica regularidad, y regularmente también se observa que el Estado se ha quedado corto al decretarla.

En el dictámen de la comisión han advertido los expertos varias é importantes alteraciones respecto del presupuesto anterior.

No es precisamente la que consiste en un aumento en los gastos ordinarios de 150.000 pesetas, porque esto de aumentar los gastos ya no llama la atención del público, ni la de hacer rebajas irrisorias, como por ejemplo, la de 5.000 pesetas en los análisis químicos que costea á la Administración de Justicia el ministerio del ramo, porque también es sabido que el apólogo del farol puede aplicarse anualmente al sistema de economías que aquí se estilan, sino la que consiste en haber aumentado como por arte mágico, no sólo los gastos (que estos pueden aumentarse todo lo que se quiera), sino también los ingresos del presupuesto extraordinario.

El Gobierno los fijaba en dicho presupuesto en la cantidad de 36.910.000 pesetas y la comisión los eleva de pronto á la suma de 77.931.000. ¿De dónde han salido esos 41.000.000 que ni el mismo Gobierno había descubierto? Hasta que la comisión lo diga, nadie lo sabe, pero nadie podrá negar que un presupuesto que en pocos días descubre tan importantes recursos, es un presupuesto verdaderamente extraordinario.

De esta y de otras particularidades y aun generalidades se ocupó con su habitual pericia en la discusión de su voto particular el presidente de la Comisión general, el elocuente hacendista y aspirante á Ministro del ramo Sr. Moret.

Posee este orador el difícil arte de manejar los números con sin igual desparpajo y dar colorido poético á los más áridos y enrevesados problemas financieros, y brilla como nadie en esas discusiones de cifras y guarismos que agrupados por él ofrecen soláz y recreo á los más evaporados políticos, y hasta á las damas más elegantes.

La estadística es en su boca amena, y habla de economía política con la elocuencia y facilidad de un consumado retórico. Nadie como él sabe presentar en pocas palabras la síntesis de un sistema rentístico, y el *abstractum* de una operación financiera. Oírle constituye un verdadero embeleso, y si nunca hubiera sido Ministro de Hacienda, no habría más que una voz en toda España para pedirle por favor que lo fuera otra vez siquiera.

El discurso del Sr. Moret fué una severa crítica no sólo del proyecto financiero del Gobierno, sino de todo el sistema de Hacienda en que descansa.

A juicio del orador demócrata-monárquico, España paga mucho por contribución directa y poco por impuestos indirectos (gran confusión en un hombre público de la escuela economista), la recaudación de contribuciones cuesta casi el doble que en la mayor parte de los países, el expedienteo hace necesario inútilmente el mantenimiento de un personal costoso; los créditos concedidos á los departamentos de Guerra y de Marina se hallan pésimamente distribuidos, y el sostenimiento del soldado español sale más caro al país que el italiano, el alemán y el austriaco.

Por fin atacó duramente el Sr. Moret la confección del presupuesto extraordinario, rechazando la idea de que los 85 millones que reclama el ministerio de Fomento para obras públicas pudieran obtenerse por medio de un empréstito. Esta fué la parte verdaderamente sólida del discurso del elocuente demócrata. Después de haber hecho tan costosos sacrificios para la conversión y unificación de la Deuda, la creación de una Deuda nueva, que eso y no otra cosa, fuera el que fuese su nombre, había de ser el anunciado empréstito, no sólo sería un desacierto financiero, sino una vergüenza nacional.

Si las necesidades del ministerio de Fomento exigen al país este

nuevo sacrificio, que el país lo pague directamente, sin apelar al crédito. Si el Estado tiene bienes, que los realice con este exclusivo objeto; todo ménos volver en una ú otra forma al sistema juzgado ya y condenado de las Deudas privilegiadas, de las obligaciones á plazo y de los empréstitos con garantías especiales.

Interrumpida la discusión de presupuestos por las fiestas Reales, ha vuelto en estos últimos dias á animarse algun tanto el Congreso con el discurso del Sr. Villaverde, que tambien se ha propuesto demoler, no sólo el edificio rentístico del Sr. Cuesta, sino todo el sistema financiero de su antecesor el Sr. Camacho.

Su discurso ha consistido en una defensa científica del plan de Hacienda de los conservadores; y como es natural, la comisión le contesta por medio del Sr. Lopez Puigcerver, haciendo la critica de este sistema y defendiendo las reformas del Gabinete liberal.

Esto sucede siempre; hay una Hacienda conservadora, otra Hacienda fusionista, y con el tiempo tendremos tambien Hacienda monárquico-democrática, Hacienda de la izquierda dinástica, y hasta quién sabe si Hacienda posibilista, esto es lo positivo; lo que no lo es tanto es averiguar con certeza la cifra exacta del déficit que cada uno de estos sistemas representará para el Tesoro público.

Pero esto importa poco, ni por averiguar con exactitud cuál pudiera ser el sistema del Sr. Villaverde, ni por oír mayoría y minoría las explicaciones del Sr. Lopez Puigcerver, han mostrado tanto empeño los señores diputados como por ocuparse en la cuestión de reparto de billetes de la Plaza de Toros para la función régia organizada por la Diputación provincial.

Tanto el Senado como el Congreso se han creído agraviados y desairados por aquella corporación popular, que á su juicio no ha procedido respecto de los representantes del país con los miramientos y consideraciones debidas á su altísimo carácter. La mesa del Senado devolvió el medio palco y los asientos de sol que se le habian enviado, y en cuanto al Congreso, se acomodó como pudo, gracias al espíritu conciliador de su presidente, en las pocas ó muchas localidades que le cupieron en suerte; pero de todas maneras, durante dos dias, en los pasillos y en el salón de conferencias, no se ha hablado de otra cosa que de tendidos, gradas y tabloncillos, y hasta en la discusión pública salieron á plaza en los discursos de los Sres. Fernandez de la Hoz, Alcalá del Olmo y conde de Toreno los agravios de los padres de la patria en esta importantísima cuestión.

Si el Sr. Moreno Benitez, presidente de la Diputación provincial, no fuese un hombre de suyo popular, nada tendría de extraño que en la primera sesión se viera sorprendido por este tradicional grito de pública indignación:

¡Señor presidente, no lo entiende usted!

En la ceremonia de la coronación del Czar, que tanto interés ha despertado en toda Europa, no se ha producido hasta ahora ningun incidente desagradable, antes al contrario, telégramas y correspondencias convienen en afirmar que el entusiasmo del pueblo ruso y en especial del pueblo moscovita, ha sido no sólo grande, sino espontáneo, y que el nuevo Emperador ha podido recorrer sin riesgo alguno, en compañía de su esposa, las calles de la ciudad atestadas de viajeros y de curiosos, en coche descubierto y sin necesidad de escolta.

Ya se conoce el texto del manifiesto imperial con motivo de la coro-

nación. Está escrito con espíritu conciliador y hasta se ofrece en él algunas reformas administrativas. También se anuncia, no una amnistía general, como se había dicho, pero sí indultos parciales por delitos políticos.

En el decreto en que se concede al Ministro de Negocios Extranjeros M. Giers, la orden de San Alejandro, el Emperador manifiesta sus propósitos de paz y concordia con todas las naciones; protesta de toda idea de conquista, y expresa su resolución de dedicar toda su solicitud al desenvolvimiento pacífico de su país.

Ahora lo que importa averiguar es si los nihilistas se darán por satisfechos con todas estas promesas y se contentarán con la simple exposición de estos sentimientos humanitarios, ó si sus aspiraciones van más allá de lo que es lícito exigir en los actuales momentos al Soberano que acaba de ceñir sus sienes con la pesada corona de Pedro el Grande.

El desastre sufrido en Tonkin por las armas francesas en la persona del bizarro comandante Riviere que con buena parte de la guarnición de Hanoi pereció á algunos kilómetros de la ciudad sitiada en una salida que intentó contra numerosas fuerzas annamitas, ha preocupado y preocupa dolorosamente los ánimos en la vecina República, despertando el patriotismo de los franceses, que fuerza es decirlo, resiste siempre vigoroso á todos los trastornos interiores, y sabe prescindir cuando le hieren en lo vivo á toda pasión y á todo interés político.

Es general la opinión que acusa de imprevisores á los ministros de la Guerra y de Marina, que á tiempo no acertaron á enviar tropas de refuerzo á la exigua fuerza expedicionaria, ni á concertar un plan de operaciones que hubiera permitido al desgraciado cuanto heroico comandante abandonar sus posiciones ó emprender la campaña bajo su responsabilidad, aprovechándose de la sorpresa que produjo en sus enemigos los primeros triunfos de sus armas.

Encerrado desde catorce meses en la ciudadela de Hanoi, era natural que sucediese lo que ha sucedido; que los annamitas se repusieran, concertasen alianzas, buscaran auxilios é hicieran insostenible la situación de las fuerzas francesas.

La intervención del Celeste Imperio en este lance de guerra, no aparece todavía demostrada, pero todo induce á creer que no está exento de responsabilidad en lo que ha sucedido.

De todos modos se anuncia como inminente la ruptura formal de toda relación diplomática entre Francia y China, y en Tolón, en Marsella y en todos los departamentos marítimos de Francia se trabaja con rapidez para allegar todo género de aprestos militares.

Es este asunto que no carece de importancia para España, que tantos y tan considerables intereses tiene que custodiar en sus posesiones del Asia.

S. DE LINIERS.

Madrid 30 de Mayo de 1883.

MISCELANEA.

CARTA DE S. S. AL M. R. P. GENERAL DE ESCOLAPIOS.

F NUESTRO QUERIDO HIJO JUAN MARTRA DE JESÚS Y MARÍA, VICARIO GENERAL DE LAS ESCUELAS PÍAS DE ESPAÑA, LEÓN PP. XIII.

Querido hijo, salud y apostólica bendición.

Lo que con palabras propiamente tuyas amonestaba á sus alumnos San José de Calasanz, ilustre fundador de vuestro Instituto, sobre la reverencia debida al Romano Pontífice, parece cierto que tú, querido hijo, y tus colegas, lo conservais en vuestra memoria, pensamiento y corazón. Esto aun recientemente lo hemos visto, cuando de tí, intérprete y representante de todas las comunidades Calasancias de España, hemos recibido demostraciones ciertas de vuestra veneración respetuosa y amor filial, ya verbalmente, ya por escrito y aun tambien con otra fina exhibición. Nos ha sido por tanto sumamente satisfactori la muestra testificativa de vuestra obsequiosa atención hácia Nos, y aprobamos esa voluntad complaciente y tan religiosamente adherida á esta Apostólica Sede; y aun crece nuestro contento al ver vuestro celo en hacer brotar y alimentar en los corazones de vuestros jovencitos las nacientes chispas de semejantes virtudes. Indudablemente, como los niños son por su misma edad dóciles para aprender, y fácilmente manejables, y lo que una vez aprendieron en sus principios, suelen, en su mayor parte, recordarlo en lo restante de su vida, importa muy mucho que se acostumbren desde tiernos á amar al Supremo Pastor de sus almas, y conozcan temprano la Iglesia católica tal cual ella es. En lo que toca á sus nobilísimas y magníficas doctrinas, es una verdad que, no sólo su creencia errónea sino hasta su simple ignorancia, es increíblemente perniciosas. En el desempeño de esta enseñanza sé de cierto que habeis solido desplegar diligencia y habilidad; pero es esta una cosa de tanta importancia, que apenas parece posible recomendarla alguna vez bastante á vuestra caridad. Y es que la primera edad del hombre lleva como encerradas en sí las grandes esperanzas de la república civil y cristiana. Son, sin embargo, muchos en demasia los que sin aprecio prescinden en la educación de la enseñanza religiosa, como si hubieran de ser buenos ciudadanos los que no aprendieron á ser buenos cristianos. Pero la enseñanza cristiana es hoy tanto más necesaria, cuanto sucede con más frecuencia pasar hoy los hombres la adolescencia entre asechanzas varias y tentadores halagos de todas y por todas partes derramados. Es absolutamente necesario pertrecharlos desde la niñez con excelentes instrucciones para que no los cojan desprevenidos los venideros peligros, así como es necesario aplicar los remedios antes que se arraiguen los males.

Tocante á los alumnos religiosos de vuestra corporación, nada más á propósito para conquistar la honrosa palma del saber, que la larga y diligente lectura de Santo Tomás de Aquino, mayormente debiendo éstos por su Instituto adquirir, no sólo el saber individual, sino tambien el saber magistral. Nos ha movido á despertar la digna memoria de tan eminente varón en las escuelas católicas. ya el ascendiente poderoso de su sabiduría, ya los copiosos frutos que esperamos. Adelante, pues, hácia el piadoso objeto de vuestro ministerio; y creed firmemente que, no sólo como católicos, sino tambien como ciudadanos, seréis tanto más beneméritos, cuanto mayor esmero pusiéreis en la enseñanza de los niños y en el estudio del angélico doctor. Réstame el deseo de que se digne el Señor bendecir vuestro pio propósito y vuestros trabajos. Como precursora

de esta bendición del cielo y testimonio de nuestra particular benevolencia, á ti, querido hijo, y á toda la corporación Calasancia, os damos con mil amores en el Señor la bendición apostólica.

LEÓN PP. XIII.

LIBROS.

Hemos leído con verdadero deleite la Memoria de la velada que se celebró en el *Círculo Recreativo Antequerano*, con ocasión del tercer Centenario de Santa Teresa de Jesús. Trae dicha Memoria un precioso discurso del Sr. D. Rafael Gonzalez Anleo, distinguido católico que piensa y siente bien; y correctas é inspiradas poesías de doña Gertrudis Checa Hernandez, Amalia Campaña, Sor María de los Angeles Saenz de Tejada, Cristobalina Fernandez de Alarcón, y de los Sres. D. José Campos, Diego del Pozo Guzman, José Moreno Fernandez de Rodas, Francisco Moreno Fernandez de Rodas, Francisco del Pozo, Antonio Calvo, Francisco Guerrero Delgado, Ramon Fernandez Mir y Fulgencio Ramirez Moreno. Avalora el mérito de este libro, lindamente impreso por Perez de la Manga, un breve pero bien escrito artículo del Sr. D. Javier Rojas. Con esta fiesta, en honra del dulce Serafin del Carmelo, dió gallarda muestra Antequera de ser una de las ciudades más cultas de España.

Higiene doméstica, por el Dr. D. Lesmes Sanchez de Castro. En pocas cosas pueden emplear mejor nuestros lectores su dinero que en la compra de este libro (1), lleno de verdades útiles y provechosas, no sólo para la salud del cuerpo, sino también para la del alma. Felicitamos sinceramente por esta su última interesante obra á nuestro querido amigo Sanchez de Castro, distinguido médico leonés.

Guia escolar ó Consultor de los padres de familia para dirigir con acierto el porvenir de sus hijos. Tal es el título que lleva la obra que acaba de dar á la estampa el Sr. D. Manuel Andrés y Serra, profesor de los hijos del infante D. Sebastian y director de la acreditada Academia preparatoria de la calle de Leganitos.

Digno de aplauso es el acierto con que el Sr. Serra ha sabido resumir las últimas disposiciones legales para el ingreso en las carreras del Estado y en los destinos que hayan de ganarse por oposición, y de buen grado se lo tributamos nosotros. Dicha obra, indispensable para muchas personas, se vende por *dos pesetas* en las principales librerías.

JUVENTUD CATÓLICA.

Esta Academia cerró brillantemente las sesiones del presente curso con la extraordinaria que celebró el día 30 del corriente mes en los salones del Angel de las Escuelas, cedidos, como siempre, generosamente por nuestro respetado y muy querido amigo el director de la *Lectura Católica*, D. José Salamero. En dicha sesión, que por la angustia del espacio no podemos describir menudamente, aplaudimos el erudito y elocuente discurso que pronunció el Sr. D. Gonzalo de la Torre de Trasierra, y las bellísimas poesías que recitaron los Sres. Ortega Morejon, Sota (D. José y D. Luis), Menendez, Pidal y Sandóval, quien, además de la propia suya, leyó otra inédita del renombrado literato Sr. Cañete. Los señores Vizconde de Palazuelos y Sandóval ejecutaron al piano varias composiciones, y cantaron á la perfección la señorita Linares y el Sr. Godró. El Sr. Salamero obsequió á los numerosos concurrentes con profusión de dulces.

(1) Su precio una peseta.